

12
años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

serie
El gallo pelón

Eucario del Jesús García Rivas

Kaituco y arcilla

Ilustrado por Víctor Hernán Rodríguez Durán





Kaituco y arcilla

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017
© Eucario del Jesús García Rivas



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Centro Simón Bolívar.
Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyralibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Mónica Piscitelli

Ilustraciones

© Víctor Hernán Rodríguez Durán

Edición

Coral Pérez Gómez

Corrección

Francisco Romero
y Damarys Tovar

Diagramación

Adriana Palencia

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002262
ISBN: 978-980-14-3919-6

Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo, y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos, y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y toda historial real o fantástica de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

Eucario del Jesús García Rivas

Kaituco y arcilla

Ilustrado por Víctor Hernán Rodríguez Durán

PALABRAS PARA TODOS, SOBRE ESTOS RELATOS DE AYER A HOY

Cuando quise empezar a escribir estas palabras, no tenía claro lo que quería y cómo lo quería. Solo quería escribir algo. No hablo de estas palabras que están leyendo; no, son las palabras que siguen después de leer esta hoja, pues para esta presentación pensé en algo bonito, porque quiero que este trabajo sea leído por adultos, maestros, madres, hermanas y hermanos de sus hermanas y hermanos. Sobre todo, aspiro a que algún niño alcance a leer lo que yo leí después de escritas en estas páginas. Quiero que encuentren, por ejemplo, a Aquiles Nazoa, en *Amor y humor*. Quiero que se encuentren al caballo que se alimentaba de jardines o a *Un caballo que era bien bonito*. Que se encuentren con el cuento *Diego y los limones mágicos* o vean quién quiere leerle el Rey Momo.

En este momento pienso que pienso y quiero leer más y más. ¿Qué es el kaituco? Por eso quiero que también piensen en llegar a hacerse la pregunta. Que piensen en estas páginas donde quiero pensar que escribo lo que pienso, donde pienso qué es o qué no es. Pienso si esto que escribo son anécdotas o si cuentos o si no narran nada. Algo sí, mis queridos maestros, educadores, educadoras, promotores y promotoras, pienso que todos debemos pensar en que escribir es un canto lleno de sensibilidad, de honestidad, de entrega; lleno de dulces que no se venden en esos puestos de comida enferma de grasa de muchos amaneceres. Hablo de leer de otra manera, porque escribir también es leer la lluvia, el aire, las sombras. Y escribir es leer el amor que enamora a la luz desde la

luz de los ojos de un niño en la puerta de la escuela, que llega con su camisita estrujada y sus ojos dormidos.

No quiero ver de nuevo a Isabela con su cuadernito estrujado, sus brazos cruzados sin saber qué tiene, pero que uno ve que le duele el alma.

Quiero ver a los niños con sus cuadernos en la brisa; cuadernos de la humanidad.

Quiero que se vea al chaima, al guarauno, al guaiquerí, a las guarichas paseando por Caripito a la orilla del caño San Juan, caño con sus olas en rebalse. A las guarichas pintadas con kaituco; dibujado su rostro lleno de esperanza. Quiero mirar los ojos de las niñas y niños cuando recogen en el río la arcilla para hacer sus tazas, potes, vasos, muñequitos y cuentan cuántas semillas tenía cada maraca de kaituco, sumando maraca tras maraca, sumando semilla tras semilla, sin importar embarrassarse de rojo las manos y el pantalón corto.

Todo eso lo estoy *leyendo* mientras recuerdo los ojos de los muchachos embarrassados de charco, pero felices porque iban a su casa a contar a mamá el trabajo hecho y los aprendizajes obtenidos.

Debo ahora decirles, queridas y queridos amigos, niñas y niños, a quienes leen estas palabras, sobre todo maestras y maestros, que este trabajo tiene adentro un son de *sentir* y *ver* todo lo que podemos usar como estrategias para el trabajo cultural, educativo, social, y hasta en las reuniones familiares. A mí me ha servido por más de treinta años trabajando con niñas, niños y adultas y adultos, a lo largo de muchos lugares del país, y en los últimos veinticinco años en el estado Bolívar:

*Niña que comes tu mango
con alegría y amor,
cómete un arroz con coco
que la abuela preparó.*

*Mira el lucero en el cielo
mientras te comes tu arroz,
y si es arroz con coco,
cómételo con amor.*

*Nunca desprecies lo tuyo,
que lo tuyo es lo mejor,
mira de noche el cocuyo
con lucecitas de amor.*

Quiero que mires al poeta, el llamado Andrés Eloy, con sus angelitos negros: “Que vayan comiendo mango por las barriadas del cielo”.

Y si te encuentras con Eucario cuando dice: *¿Por dónde llega el agua al coco? Je, je, je*, entonces juégate que juégate, porque educar es el amor que juega. No entres al salón si no llevas algo para leer, algo que pique y haga salir la carcajada. Te lo juro que también te reirás.

Los muchachos de sexto grado y la radio

*Enamórate de la letra
para que la letra
se enamore de ti.*

*Escríbeme para reafirmar
el amor por la lectura.*

EUGRIVAS

Francisco Panqueba corría por el salón, se metía por debajo de las mesas y pupitres. Ese fue el sexto grado que recibí como maestro. Todo así como raro. Eso sí, era un grupo pequeño, diecinueve entre niños y niñas.

Elaboré dos planes, uno para cumplir con la escuela y el otro para ver cómo cambiaba la situación de los muchachos. Había detectado una baja capacidad para la lectura, la matemática, y en casi todas las áreas, y era el final del mes de febrero. Empecé por conocer uno por uno. Luego, por cambiar la posición de los pupitres, que estaban ordenados uno tras otro. Les pedí que me ayudaran a colocarlos en forma redonda, de manera que la pizarra pudiera ser mirada igual por todos. Me senté de manera que quedara a la misma altura de los demás. Y así empecé a obtener la atención del grupo.

Días después, varias niñas se fueron a la Dirección a denunciar que yo los trataba como universitarios. La directora me sonrió. Me dije: "Voy bien". Resulta que

ese grupo venía de manos de quien estaba asumiendo la dirección de la escuela. Le pedí a ella, a la directora, que se acercara de inmediato al salón y observara qué era lo que yo estaba haciendo. Claro que nunca le dije que yo buscaba que los muchachos *se desaprendieran* para que *se dedicaran a ser ellos*.

Panqueba, a quien señalaban como hiperquinético, comenzó a estar más tranquilo en la medida que compartíamos las lecturas, los números. También los problemas de cada uno, y relacionábamos muchos casos familiares y personales con las actividades de la escuela. Así que en el mes de marzo tenía controlada la situación, y se resolvía esa forma incomprendible como se trataba en la propia escuela a “los más desordenados”. Ahí la primera reflexión: ¿Por qué llamar “desordenados” a algunos muchachos? ¿No será que existe discriminación hacia ellos?

La mamá de Panqueba, la de Gustavo y otras, empezaron a acercarse a la escuela y al salón. Las hacía pasar y les decía: “Espere un poquito, mientras terminamos esta tarea”, “Acompáñenos un rato”. Los muchachos se sorprendían al ver a sus mamás en el salón con ellos. Además, calladitas. A la que estaba presente, la atendía diciéndoles a los muchachos que se sentaran cómodamente, mientras yo escuchaba a la señora, sin siquiera saber cómo se llamaba.

La señora Panqueba dijo a su hijo que me invitara a su casa. Después de terminar la jornada, al mediodía, fui a la casa de Francisco a conocer el porqué de la invitación. Me recibió la hermana de Francisco, mayor

que él y la mamá de este. Después de un jugo de naranja que me brindaron vinieron las preguntas.

—Maestro —dijo la joven—, ¿usted no es de Bolívar, verdad?

—No, yo soy del estado Sucre. He vivido con mi familia muchos años en Caracas. Estoy aquí porque quise salir de la capital.

—¡Ah...! ¡Sabía que no era de aquí! —dijo la mamá de Panqueba.

Enseguida preguntó:

—¿Qué ha hecho usted con mi Panquebita? Ahora está pendiente de la escuela. Y él no se preocupaba por eso.

—Bueno —le dije—, estoy tratando de tratarlos a todos como personas. Quiero que sean mis amigos y amigas. Que tengan confianza en sí mismos.

—Panquebita ahora no habla sino de la escuela y de usted. Y usted tiene poco tiempo en la escuela, ¿verdad?

—Sí —le dije—. Bien bueno que me invitó a conversar, porque le tengo una propuesta. Le explico: hay un programa de radio en una emisora que se llama *Flash*. El programa es los días sábado. Quiero que ellos vayan a este programa. Y que los padres y madres den el permiso para llevarlos. Además, me gustaría que algunos nos puedan acompañar. Tengo la idea de prepararlos durante todo el mes de abril para que ellos hablen en ese programa y contesten preguntas que les hará el locutor. Por eso, si contestan todas las preguntas, les darán lápices, cuadernos, y hay un premio para la escuela.

La joven, estudiante universitaria y la señora madre, enfermera, se quedaron calladas por momentos.

—Cuente con mi apoyo —dijo la señora Panqueba.

Manos a la obra, me dije, el terreno va cediendo. En los días siguientes empecé a recorrer y conocer a toda la comunidad. Fui a la emisora. Me entrevisté con Elio Fernández, su director. Acordé con él que nos incluyera para el fin de mes. Seguidamente, hablé con los muchachos y los convencí de la importancia de ir a ese programa que era dirigido por una maestra y un joven. Se hacía una especie de competencia entre escuelas privadas y escuelas públicas. Las escuelas públicas jamás habían ganado la competencia. Preparé a los muchachos con materiales de 4.^º, 5.^º y 6.^º grados. Y con las consignas: “Vamos para ganar” y “¡La 100-35 será la mejor!”.

Llegó el día. La animación era total en todos, y en la escuela. Dos maestras se sumaron. La maestra Nilda ayudó a elaborar la pancarta con las consignas. Llegamos al programa con seguridad de que haríamos un buen papel. Las radios en la comunidad estaban encendidas. Lissette y Gustavo fueron los elegidos para responder las preguntas. Pero había cinco más listos, preparados para asumir. La maestra Nilda estaba nerviosa. Uno de los muchachos se le acercó y le dijo: “Maestra, quédese tranquila, vamos a ganar”.

Todos estaban convencidos, los que se habían quedado en el barrio San Simón, también Lissette y Gustavo harían un buen papel. Pero además, teníamos a Dairuma al bate. Una de las mejores de las niñas. Llegó la hora. Le tocó

la oportunidad a Lissette. Excelente. Luego a Gustavo, muy bien. Vino la identificación de la emisora y la gente de la comunidad empezó a llamar para felicitar a los muchachos y a la maestra y al joven que conducía el programa. Eso animó mucho más al grupo.

Vino entonces el grupo del Colegio Uyaparí. Le preguntan: “¿Dónde está ubicada La Llovizna, en qué país, y cómo se llama la población donde se encuentra?”. La muchacha que le tocaba responder se quedó pensativa por un momento. Tomó aire y dijo que no se acordaba muy bien. Luego dijo: “Pero creo, creo, creo...” y volvió al silencio. Creo yo que la niña se intimidó con la soltura que tuvieron Lissette y Gustavo.

Llegó la segunda parte del programa y le tocó a Gustavo Ortúnez. Pregunta la maestra Rosmerí, quien es la principal del programa y se maneja con mucha facilidad: “Gustavo, ¿crees que puedes responder la pregunta que se le hizo a la señorita Vestalia, del Uyaparí?”. “Sí, maestra. La Llovizna queda en Venezuela, en el estado Bolívar, en la población de San Félix, frente a la represa que está entre Puerto Ordaz y San Félix. Mi tío trabaja cerca de allí, y nos cuenta de lo bonita que es La Llovizna”.

Cuando Gustavo concluyó y con esa seguridad que lo hizo, los muchachos y muchachas, las madres que nos acompañaban, con las dos maestras y el público, incluyendo a los del Uyaparí, se pararon a aplaudir.

Vino entonces Lissette, con una pregunta simple, pero que podía ser compleja: “¿Dónde nace y por dónde pasa el río Cuyuní?”. Lissette González fue directo:

“El río Cuyuní nace en la Gran Sabana, cercano a la Zona en Reclamación, el Esequibo. Pasa por el municipio Sifonte, cercano a Tumeremo y por El Callao y cae en el Caroní”. Nuevamente los aplausos no se hicieron esperar. El grupo del Uyaparí se levantó y se fue. Uno de los muchachos contó después que el Uyaparí había dicho que: “No puede ser que esos tierrúos nos ganen” y otras cosas más.

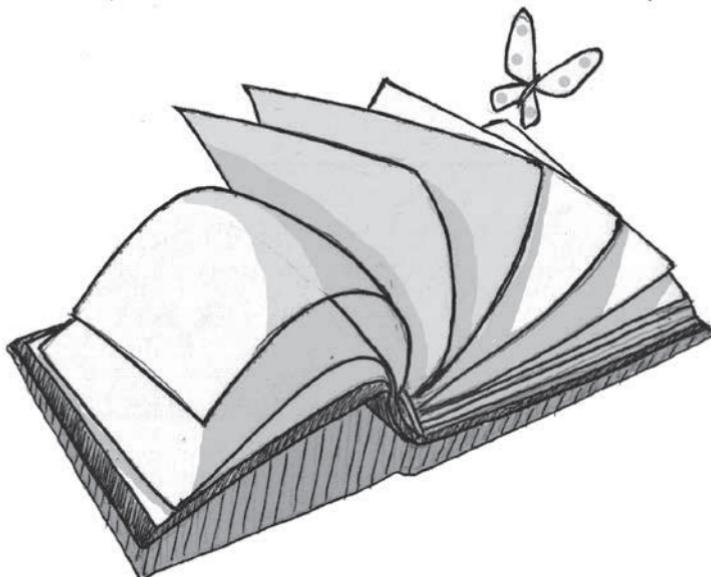
Por ese día nos llevamos un filtro de agua para la escuela y cuadernos y lápices para todos. El impacto fue tal que la comunidad esperó a los muchachos en el puente Las Campiñas para felicitarlos. El resto de los maestros y maestras el día lunes no se cansaban de pasar por el salón a felicitar a todos. Y muchos representantes, padres y personas de la comunidad se acercaron durante mucho tiempo para conocer quién era el maestro de los muchachos.

Se continuó participando en varios programas los sábados. Siempre se llegaba cargado a la escuela con libretas y el regalo para la escuela. Fue así como durante la semana siguiente armamos el plan para escribir lo que íbamos haciendo, lo que se iba observando, lo que comentaba la comunidad y la posibilidad de hacer un periódico de la escuela y la comunidad. Nació entonces *Simoncito*.

Simoncito no llegó a convertirse en periódico, pero se hizo un libro de más de treinta páginas, y ese fue mi regalo a los muchachos y muchachas en su graduación de sexto grado, con dibujos y aportes de la maestra Nilda Jaramillo, quien fue un apoyo fundamental a

partir del trabajo con la radio y el contacto permanente con toda la comunidad escolar del barrio San Simón.

La directora se mantuvo muy atenta y contenta y me dijo que el año siguiente me tocaría primer grado, así como qué eso era un castigo. "No hay problemas", le dije. "Cualquier grado es igual". Ella se sorprendió con mi respuesta: "¿Pero no tiene nada que decir?". "¡Es igual!", le insistí. Su insistencia se debía a que ella quería que yo fuese el maestro de su nieta. Y, esta es otra historia, además, muy hermosa.





Arcilla del río

*Nunca he salido de aquí,
todo me lo ha traído el río.*

BLAS ORONoz

Aquella mañana conocí lo bueno que era el río. Recogí a los muchachos y muchachas y: “¡Nos vamos al río. Recogeremos arcilla para hacer figuras!”.

Yo no conocía el río que está a pocos metros de la escuela. Es el río San Rafael. Los niños y niñas me orientaron. Una de las muchachas señaló dónde había arcilla blanca y arcilla amarilla. Nos dirigimos hacia allá. Cada quien llevaba una bolsa plástica para echar la arcilla.

—Debemos recoger la arcilla que no tenga mucha basura —dije.

Fuimos donde había arcilla amarilla. Vi que esta tenía mucha tierra dura. Por eso solicité ir a la parte donde se encontraba la arcilla blanca. Así fue. Como el río San Rafael es llano, caminamos dentro de este. Mientras tanto, se conversaba: “Por aquí hay peces”. Dos pasos más soltó un pez su aletazo. Dijeron que era un bagre. De seguida llegamos al sitio donde estaba la arcilla blanca y, cada quien a echar en la bolsa. “No la llenen. No van a poder llevarla. Esa tierra blanca es muy pesada y la bolsa se romperá”, les dije.

Fue una tarea muy rápida. Las muchachas y los muchachos conocían muy bien el río. Observé la vegetación alrededor. Merey, mango, chaparro y un poco más distante unas palmeras espinosas. Pregunté cómo se llamaban y Ronald me dijo: "Cubarro".

Los muchachos jugaron un poco antes de salir del río. Al llegar al salón se colocó la arcilla en una esquina, de manera de no ensuciar el salón. Ya eran las once y solicité permiso a la Dirección para despachar a los muchachos, estaban mojados y cansados. El día siguiente les pedí apoyo a la maestra Nilda y a Minca, una vecina de la escuela, muy colaboradora. Ese día debíamos preparar la arcilla, sacarle la basura, piedras y la arena gruesa y amasarla.

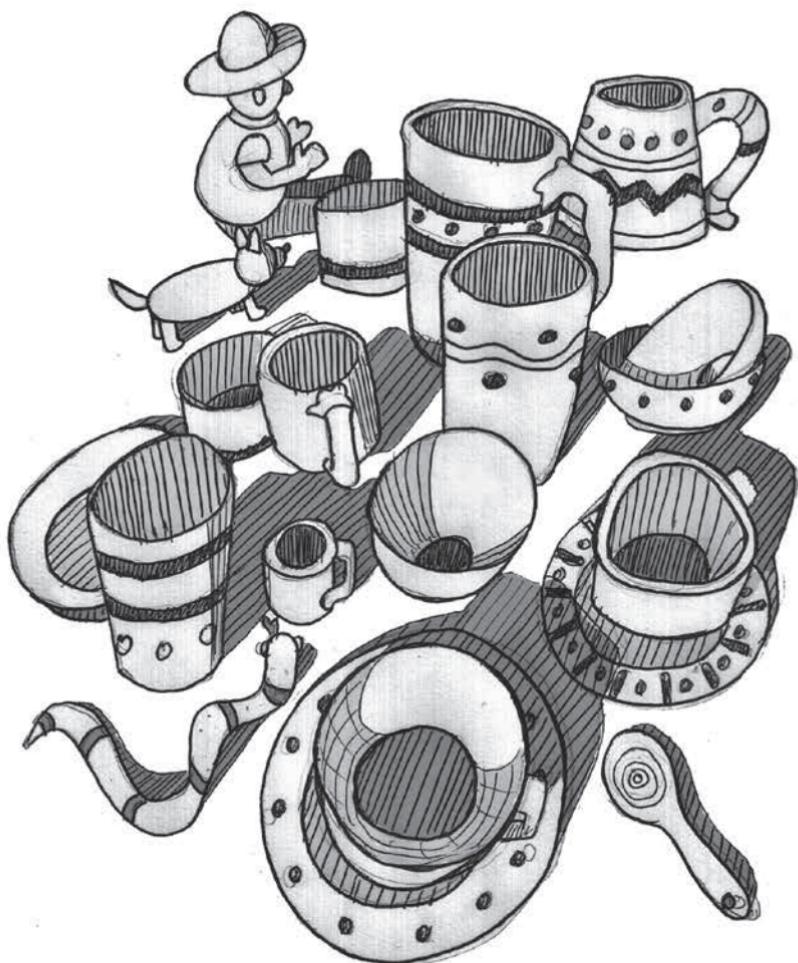
Ese día la tarea fue conocer cómo y por qué se le sacaba la basura, la piedra y toda la arena gruesa. La maestra Nilda y Minca explicaron que ese trabajo se hacía para darle suavidad a la arcilla y amasarla hasta que tomara la plasticidad necesaria. "¿Por qué?". Pues dijo Minca: "Entre más suave esté la arcilla, será mejor para elaborar, moldear, hacer la pieza que queremos".

Concluida esa tarea de limpiar, amasar y ordenar dos grupos, se comenzó a elaborar las piezas, con la orden de que cada quien podía hacer el tipo de pieza que quisiera o le gustara. Indicándole que "es bueno que piensen en piezas de uso diario como vasos, tazas u otras cosas. Pero todos son libres de escoger, pensar y elaborar la pieza a su gusto".

Entendí entonces que había florecido el amor y que los tiestos hechos eran una hermosa oportunidad para

el aprendizaje propio, más que para los muchachos, eran para mí. Los muchachos y muchachas se abrazaron, dieron gracias a la maestra Nilda y a Minca y les invitaron para la exposición el otro día. Habían hecho bellezas. Las tazas, los vasos y otras formas parecían hechas por manos profesionales. Eran delicadas. ¡Un aprendizaje más para todas y todos!





¿Qué es kaituco?

Era el primer jueves del mes de octubre de 1997. Las flores de la mañana se veían amarillas. El río hacía sonar su corriente. Los muchachos empezaban a llegar, poco a poco, y la Escuela 100-35 se adornaba con los ojos dormilones de algunas niñas y niños, con alboroto de los demás. Llegaban con las camisitas arrugadas de los días anteriores.

Sonó el timbre, se cantó el Himno Nacional y el himno del estado. Entramos al salón. Todo se movía. Lápices, cuadernos, borradores, y: "Empréstame tu sacapuntas". De seguidas les expresé:

—Vamos todos y todas a cantar la canción *Y la U*, para comenzar alegres el día de hoy.

Y empezamos en coro:

—A, E, I, O y la U...

—Repitamos —les dije:

—A, E, I, O y la U...

—Cantemos esta estrofa —les dije:

*Vamos Pedro, vamos Juana,
vamos Juan, vamos María.
Vamos todos a aprender
para ver un nuevo día. (Bis).*

A, E, I, O, y la U...

Encender la motivación en el salón, fuera del salón y en la comunidad. En eso se fue el tiempo. Las tareas quedaron listas y llegó el recreo y en el recreo escuchaba: “A, E, I, O y la U...”.

Al regresar de nuevo al salón, volvimos a cantar, agregando dos estrofas más a la canción:

*La A se la doy a Pedro
y la E es para María,
I que lleva un puntico
¡O!, grande como el sol
y la U un pote vacío
donde echarás tu saber.*

*El sonido de tu voz
se parece a cada letra,
como esa la del puntico
o es esa la que interpretas. (Bis).*

A, E, I, O y la U...

—Recitado en voz alta —les dije:

*Vamos Pedro, vamos Juana
vamos Juan, vamos María
vamos todos aprender
para ver un nuevo día:
A, E, I, O y la U...*

A cerrar los cuadernos y los libros, señalé:

—Vámonos a la comunidad a contar cuántas matas de onoto hay en cada casa, y a saludar a la familia. Cada quien se lleva su cuaderno de tareas. Vamos a anotar cuántas matas de onoto hay en su casa. Además, cada uno o una de ustedes va a pedir, ¡por favor!, le regalen un manojo de kaituco y, mañana haremos un trabajo que les va a gustar. Tráiganse ropa vieja, rota o usada, porque se van a manchar.

Echamos a andar por la comunidad cuando ya eran las diez de la mañana. Y a las once y media regresamos a nuestro punto de partida, la escuela, a nuestro salón. Se colocó todo ese montón de manojo de onoto en un rincón, no sin antes decirle a la señora de mantenimiento que eso era para un trabajo. Igual se le dijo a la directora.

El día siguiente, viernes, se dieron las instrucciones. Cada quien debió abrir una maraca de onoto, manteniendo pulso al abrir, para no mancharse. Misión imposible.

—Bien, ahora cuenten cuántas frutas o maracas tiene el manojo de cada quien y lo anotan en su cuaderno. Repito, cada uno cuenta el suyo y lo anota –les dije.

Ese día llegamos hasta allí. Había que tomar en consideración el cansancio: Agarra por aquí; cuenta por allá; suma así; resta esta; multiplica esta por esta; te falta esta; te falta este; cuánto te dio ahora... Emocionante.

—Ahora, cada quien tome la semilla que abrió y cuente en su casa cuántas semillitas tiene el kaituco que se lleva, y lo anota en su cuaderno. El lunes contaremos para conocer cuántas semillas tiene su manojo

de onoto y cuántas en totalidad hay en todos los manojos de kaituco –les dije.

Sorpresa, a partir de ese momento se abrieron las ganas de conocer más sobre los números. Y los niños y niñas escribieron sobre cada actividad realizada. Llovieron las preguntas:

—¿Este no es el mismo “color” que mi mamá manda a comprar a la bodega? ¿No es el mismo onoto? ¿Entonces kaituco es el mismo onoto? ¿Y por qué mi mamá le dice color?

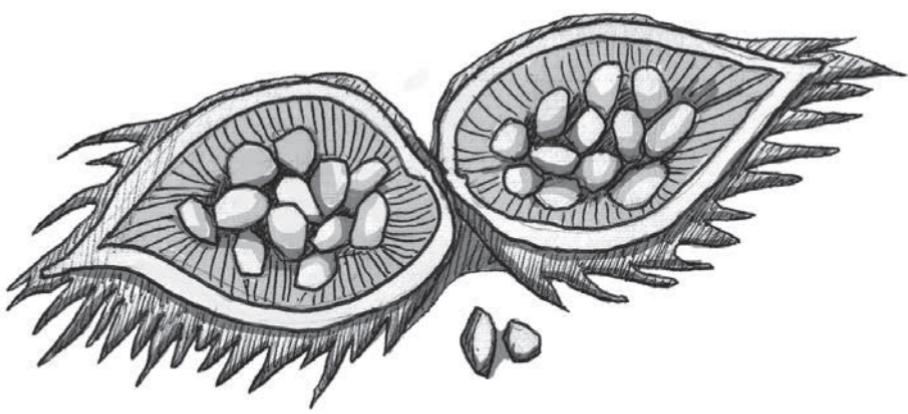
—Color –dijo Danielita–, porque le da color a la comida y mi tía me dijo que los indígenas que van pintados por el paseo se pintan con onoto. Es una pintura. Mira cómo te pintaste tú...

Llegó la hora de salida y ninguno se quería ir.

—La conversación entre todos está mejor –dijo Robert.

Uno de ustedes hizo una pregunta: “¿Qué es kaituco?”. Y según lo que sé, kaituco es una palabra de los indígenas chaimas, guaraunos o guaiqueríes que vivían en la zona de oriente, como Nueva Esparta (Margarita), Sucre y parte de Monagas. Onoto es una palabra de los indígenas de Guayana (Amazonas y Bolívar). Kaituco y onoto son palabras sinónimas y, si-nónimos son las palabras que tienen un mismo significado, dicen cosas iguales.

—Y, ¿dirán en sus casas lo que aprendieron hoy? –les dije–. Falta mucho. Iremos poco a poco. Hasta el lunes. Reciban mi bendición y muchos saludos a su mamá y hermanos.





Guaipo y sus compañeros

Las hermosas frutas –mangos, mereyes, catuches, guayabas– eran producidas en las orillas del río cercano a la escuela. Johanny Guaipo parecía no ser amante de estas frutas. O tenía miedo de que la abuela le fuera a regañar si se iba con los muchachos del primer grado a recoger mereyes y otros frutos.

Johanny Guaipo, una niña delicada, atenta, morena, con ojos reilones, y con mucha precisión de las cosas. Cuando comenzamos el primer grado, ella no se unía fácilmente con el resto de sus compañeros. Cosa que me llamó la atención. Le expresé: “Hola, amiguita, ¿por qué no te unes a tus compañeros?”. “No sé”, me dijo. Le expliqué: “Es bueno que te unas con ellos para hacer las cosas. Eso te va a ayudar a entender cualquier cantidad de hechos. Haz un grupo con Rosa, Rosmaris y Amarilis. Yo formaré parte de ese grupo”. Ella se quedó mirando fijamente a mis ojos. Se preguntaría: “¿El maestro formará parte de un grupo?”.

Les dije: “¿Cómo empezamos el primer grado? Debemos señalar cuáles son los materiales que se necesitan. Haremos seis grupos. En cada grupo y de manera individual, van a expresar lo que se requiera para el primer grado. Piensen en todo. Después anotaremos en la pizarra todo lo que pensaron. Se comienza un grado duro y muchos piensan que los niños no tienen capacidad para discutir, ¡qué equivocación!”.

Excelente trabajo esa mañana. Desde el grupo donde estaba Guaipo, dirigía para saber cómo iban. Al dar la orden de: “¡Ya!”, agarré la tiza, diciéndoles: “¡Manténgase cada quien en su grupo! Vamos a elegir cuál grupo empieza. Del 1 al 6, elegiremos levantando la mano, grupo por grupo. Bien, somos 35, conmigo 36. Vamos entonces a señalar la norma de que quien vota por un grupo no vota por el otro. Luego contaremos quién obtuvo el mayor número de votos, y ese será el ganador y será también el que empezará a exponer. El que tenga el menor número de votos será el último en decir qué fue lo que seleccionaron para su primer grado”.

Ah, debió escogerse a dos por grupo para decir cuáles eran los materiales escogidos para su primer grado.

Al empezar la selección de quiénes serían las y los expositores, el grupo dijo en conjunto: “Usted será el que diga las cosas del grupo”. “¡Nooo!”, les dije. Y les expliqué por qué no.

El tres fue el primer grupo ganador con 16 votos. El número seis con 9 votos. El uno con 3 votos. El número cuatro con 3 votos. El número cinco con 3. Y el número dos con 1 voto. Señalé que en adelante cualquier cosa que tuviésemos que hacer no diríamos “haz”, sino “hagamos, vamos, tenemos...” y con eso pasamos a decir cada cosa que cada grupo había pensado. Era la primera semana que estaba con ellos, no podía exigirles que anotaran. Empezamos a escuchar qué decía cada quien.

¡Qué hermoso! Se desató una actividad tan participativa donde todos y todas querían dar su aporte. Guaipo, que estaba tan recelosa se destacó, y a cada

rato quería decir algo, siempre señalando lo que faltaba y decía: "Faltó papel, cartulina...". Y Beatriz, que: "Sí, faltaron los ganchitos", al referirse a los clips, y Frank y otros no se quedaban atrás con: "Sí, faltan las tizas, los borradores...".

Les dije que para seguir adelante faltaban también marcadores, papel bond, cuadernos de doble línea para hacer caligrafía, tizas de colores, lápiz de cera y cuadernos para dibujo. A partir de ese día Johanny Guaipo se integró y empezó perder el temor que sentía. José Manuel Chacare, otro de los que tenían un poco de miedo, se integró. Y después del recreo y de hacer la cuenta entre todos de lo que se había seleccionado para el primer grado, se pasó a sumar cuánto se había escogido de cada cosa.

"Lo que hemos hecho hasta ahora es una selección de las necesidades para que no nos falte nada durante el año. Ah, pero esas cosas no se pueden comprar todas al mismo tiempo, porque seguro que mamá y papá no tienen para todo eso al mismo tiempo. Vamos a ver qué vamos a utilizar de aquí hasta enero, de enero hasta marzo y de abril hasta julio. Pensemos ahora en cuatro cuadernos: uno de matemáticas; uno de tareas, uno de caligrafía y uno de dibujo", les dije.

—¿Y el libro? —señaló uno de los muchachos.

—Ah, verdad que no habíamos pensado en el libro —aclaré—. El libro lo podemos resolver. Y les evitamos ese gasto a nuestros padres. Escuchen bien. De acuerdo a lo que hemos inventariado, lo que hemos dicho que necesitamos, digamos a nuestros padres que nos

compren los cuadernos y lápices y que nos compren dos hojas de papel grande, a eso se le dice papel bond. También que les compren o les consigan dos marcadores. A la Dirección le vamos a solicitar tizas. En las hojas de papel bond vamos a colocar lecciones. Estas lecciones las colocaremos con mucho cuidado en nuestro cuaderno de tarea. Y cada lección que se coloque en el papel bond, la vamos a estudiar, y guardarla para después hacer nuestros repasos, para que no se nos olviden las cosas. En el mes de enero haremos un repaso completo, para pasar a otra etapa. En enero tenemos que estar leyendo. Allí veremos si nos hace falta el libro o hacen falta otros libros.

—¡Vamos a estar leyendo en enero!

—¡Síii...!

El día siguiente les leí la “Canción de la gallina”, de nuestro Aquiles. El otro día, otra de Aquiles, “Se embromó Colón”. Y el tercer día una más, “El caso del majarete”. En cada lectura buscaba la risa de cada uno y una. El objetivo: mantener la alegría, y que las actividades tuviesen un espíritu festivo.

Ya con los marcadores y papelógrafos en mano, se elaboró la primera lección:

Mi escuela se llama 100-35 y está en el barrio San Simón.

Como no tengo habilidad para el dibujo le pedí a la maestra Nilda Jaramillo que nos dibujara la escuela donde aparecieran algunas casitas de la comunidad.

Con mucha rapidez Nilda hizo el dibujo en un papeleógrafo, donde los muchachos apreciaron rápidamente que *esa era su escuela* y que *esa casita que se ve allí es la de mi tía Josefita, y en esa vivo yo...*

Les hice entonces la primera pregunta: “¿Cómo se llama la escuela?”. Todos respondieron en grupo: “¡100-35!”. Ya previamente conversamos dónde estaba ubicada la escuela. Cuál era el Este, el Oeste, el Norte y el Sur. Y de qué lado de la escuela nos quedaba el río San Rafael, por dónde la familia Ortúñez, por dónde el sector La Candelita y por dónde la avenida Nueva Granada.

Ubicados de nuevo esos elementos, regresamos al dibujo. La idea era que observaran bien cada elemento de la escuela, las casas, la comunidad y su ubicación y el río que forma parte de la familia en ese lugar.

—Aquí –les dije–, hay unas letras debajo del dibujo. ¿Alguno de ustedes identifica qué dicen esas letras? Véanlas bien y recuerden el nombre de la escuela.

—Yo, maestro –dijo una niña–. Ahí dice... ah... sí, se llama *Escuela 100-35*.

Aplausos.

—Repitamos todos –les dije–: Mi escuela se llama *100-35*.

—Otra vez. Una vez más. Ahora, todos a copiar lo que dice ahí. Poco a poco. No hay apuros –les expliqué.

El día siguiente se seleccionó la palabra “escuela”. Se extrajo un sonido de la palabra escuela: LA, y de esta elaboraron cinco sonidos: LA LE LI LO LU. Y ahora con estos sonidos pasamos, después de leer tres veces,

a la formación de palabras, nuevas palabras. Cada palabra que salía la íbamos copiando en el papelógrafo, colocado en otro lugar, al ojo de todas y todos: LELA, LILA, LÍO, LALA, LELO, LOLO, LULI, LULÚ... y: "Mañana continuamos".

Ese día todos construyeron de una a tres palabras. Un triunfo. Empezaban a descubrir la lectura. Se empezó a complejizar la construcción de palabras que se iban extrayendo de otras lecciones, como es:

El río San Rafael tiene mucha arcilla blanca.

... y de la palabra Rafael extraer el sonido FA, teniendo FA, FE, FI, FO, FU, y usando las vocales para construir nuevas palabras. Entonces, inmediatamente las muchachas y los muchachos construyeron palabras como: FELO, LIOFA, LOLA, FIFA, FOFA, FILA, LEO LEE, LEO LULA, LOLA LEE...

Para los primeros días de diciembre más de 70 % del grupo leía y exigía más.

—Maestro, Diego José no viene hoy —informó David.

—¿Qué le pasó a Diego? —pregunté.

—La mamá no lo dejó venir porque pasó la noche enfermo —dijo.

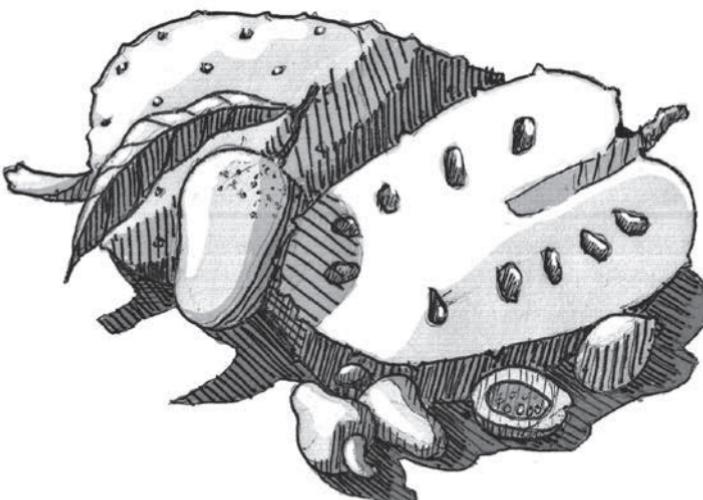
Le dije a todos que iríamos durante el tiempo de recreo a visitar a Diego José. Tenemos que saber qué le sucede. Les pedí permiso a los muchachos, les dije que no fueran hablar muy duro porque eso molestaba al grupo de al lado. "Ya vengo", dije. Al salir, todos se asomaron por la ventana a esperar que yo regresara.

No tardé mucho. Quería que la Dirección me diera permiso para ir a visitar a Diego José con los muchachos y muchachas que habían informado que estaba enfermo. Nos fuimos a la casa de Diego que quedaba cerca. En el barrio todo queda cerca. Hablamos con la familia y la mamá de Diego nos dijo que él había pasado la noche sin dormir y con dolor de estómago. Le recomendé le diera pasote con leche de coco y un poquito de papelón. Le había tocado la barriga y le sonaba aventada: pum, pum, pum. “Eso es lombriz”, le dije. “Déle lo que le dije, rápido. Eso en tres horas estará botando lo que tiene en esa barriga”.

Efectivamente, era lombriz. “La pegué”, me dije. Ah, porque eso era lo que hacía mi mamá cuando se nos hinchaba la barriga.

El otro día Diego estaba en el salón. La mamá vino con él. Este no se quiso quedar en casa. “Maestro, me dijo que se iba a atrasar”. No me quedó más remedio que dar la vuelta y decir a la mamá de Diego que se quedara un momento en el salón mientras yo iba al baño. No aguanté las ganas de llorar de la alegría que eso me produjo. Regresé como a los cinco minutos, di las gracias a la señora Esther y le dije que viniera cuando gustara y con eso, si tenía tiempo, nos hiciera compañía en el salón mientras trabajábamos. “Ah”, le dije. “Cuando Diego llegue a casa le da su comida a tiempo, lo pone a reposar y luego le da otro vaso de leche de coco con pasote y papelón, para que le limpie el estómago”.

Johanny Guaipo y sus compañeros estaban felices porque habían visitado a Diego a su casa y porque ya estaban leyendo. Estábamos cercanos a salir de vacaciones. Empezamos a planificar el inicio de enero. Llamamos a la directora, Carmen Rivas, y a la maestra Nilda para que nos acompañaran un momento. Habíamos preparado una pequeña exposición con la lección correspondiente a la Navidad.



Navidad, alegría y hallaca

De las tres palabras se extrajeron los sonidos: VI, GRI, LLA. El sonido LLA, a propósito para lograr combinaciones y construcción de palabras con la Ll. En este caso, del grupo nombrado, comenzó Rosmerí:

—Hemos logrado hacer combinaciones de sonidos. Y ya estamos leyendo. El sonido VI se descompone en las cinco sílabas o sonidos, como nos ha dicho el maestro: VI VO VU VA VE. El sonido GRI, en los sonidos: GRI, GRO, GRU, GRA, GRE. Y el sonido LL se descompone en los sonidos: LLA, LLE LLI, LLO, LLU.

—Pasa tú, Diego —dijo Rosmerí.

Diego, al comenzar, saludó a la directora, a la maestra Nilda y a las madres que se habían acercado. Dijo entonces:

—De esta lección se combinan los sonidos, unos y otros y se hacen palabras y frases. Ejemplo: el sonido VI se combina con el sonido LLA y tenemos la palabra VILLA. Con los sonidos VA y LLA, tenemos la palabra VALLA.

—Pasa tú, Johanny —expresó Diego.

Johanny continuó formando palabras y frases. Dijo, como dijeron Rosmerí y Diego:

—Hemos hecho palabras combinando con muchos sonidos y con estos que tenemos aquí, que lo empezamos esta semana: VELLO, LLUEVE, LA VELA, LA LLAVE, LA MALLA. Eso es así.

—Pasa tú, Rafaelito —señaló Johanny.

Este grupo no era el que tenía mayor capacidad de lectura, pero era muy participativo y con mucha seguridad. Se escogió por eso.

Vino así Rafaelito, yendo directo, construyó las palabras y frases: GRULLA, GRILLA, ALLÍ, OLA; GRAVE, LA VALLA LOLA, GRIFO. LEO, LLEVA A LILA. Todos estaban calladitos y atentos, cuando los aplausos sonaron.

No lo podían creer. Todo fue felicitaciones. Yo les señalé que para el mes de enero íbamos a comenzar con un repaso porque se pasaría a una segunda etapa. Se iría a la lectura de cuentos y poesía breve, a reafirmar las matemáticas y a escribir sus propios cuentos y poesía, de acuerdo al grado y la capacidad lograda.

Llegó enero. Guaipo, Diego, Rosmerí, Rafaelito y Ronald estuvieron de primero. De los 35 del grupo faltaron tres. “¡Guao!”, fue lo primero que pensé, porque pensaba que no llegarían más de veinte. “Otra vez me equivoqué”, me dije.

Después del saludo, de echar bromas sobre las hallacas, nos iniciamos para recordar lo que había sucedido en diciembre antes de irnos. “¿Recuerdan?”, les dije. “Sí”, respondieron. Le leímos a la directora, a las maestras y a las mamás que estuvieron. “¿Olvidaron lo que leyeron en diciembre?”, les dije. “¡Nooo...!”, respondieron todos.

“Muy bien, vamos a leer un poema”, les dije. Pero recordé a José Martí y en vez de leerle, recité:

*Cultivo una rosa blanca
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.*

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
cardos ni ortigas cultivo,
cultivo una rosa blanca.*

Invité a repetir conmigo el poema de Martí dos veces y les propuse: “En este inicio de año vamos a hacer una canción a la escuela, ¿qué les parece?”. Todos aprobaron la idea. Entonces, dije que sacaran el cuaderno de tarea. Pero ya el cuaderno se les acababa. “Solicítenles a papá y a mamá un nuevo cuaderno de tarea”, les señalé. “Empecemos la canción”, dije. No sin antes pedirles que pasaran al salir por donde los muchachos que no habían venido.

Así escribimos:

*En la hermosa mañana la aurora
es mi escuela un prisma y un sol,
arcoíris con sus mil colores
que desgrana armonía y amor. (Bis).*

Les expliqué: “Bis quiere decir: repitan”.

Esto lo íbamos colocando en la pizarra. Pasamos a leer el escrito, donde todos tarareaban las palabras. Vamos a leer entre todos. Primero les leo y luego leen

conmigo. Así lo hicimos. La idea era que interiorizaran escrito y luego ir por lo que decía. Leímos y luego cantamos. De una vez se le puso música.

—Vamos a colocarle otro pedacito a esta canción —les dije.

Y se escribió:

*Hay un río, hay caminos y flores,
hay un río y belleza sin par,
y entre brisas amanece en el alba
los cuadernos de la humanidad,
y entre brisas amanece en el alba
los cuadernos de la humanidad.*

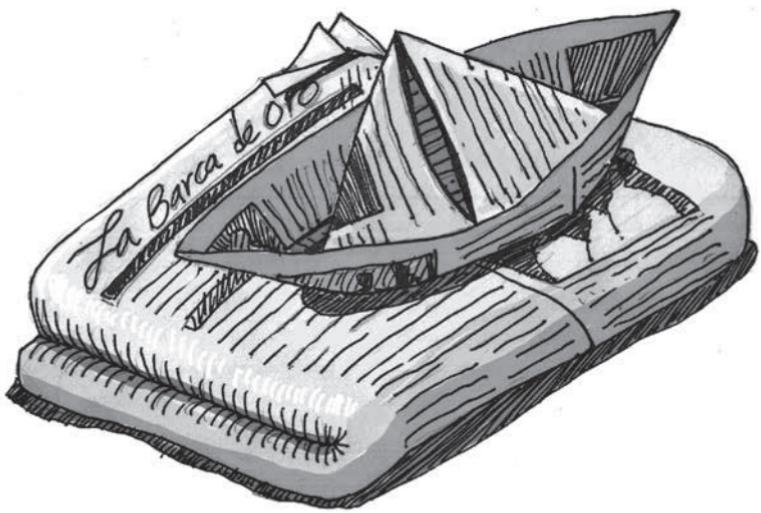
Superamos el primer grado. Ninguno se quedó. La tarea fundamental fue cumplida, leer, escribir y conocer suma y resta y nociones de la multiplicación. Continué con el grupo en segundo grado y agregamos dos que venían de otras escuelas. Hubo otros que no aceptamos porque de ahí adelante sentí que se me podía escapar la atención que ya mantenía y el tratamiento individual que era necesario dar a cada uno.

Apareció un cuento que tenía entre mis libros, pero que no releía desde hacía algún tiempo: “Diego y los limones mágicos”.

Este cuento fue fundamental para subir el autoestima de todos, consolidar y promover la lectura y mantener la actividad creativa. Era 1998, y había formado, en 1997, con dos de mis hijos, Marianela y José Miguel, un docente que trabajaba en la Zona Educativa y otros,

Porche Literario de la Calle 13. Mantenía en mi poder algunos de los trabajos que los muchachos y muchachas habían escrito en primer grado. Miguel Mijares y yo fuimos a un diario local y solicitamos armar un suplemento cultural que nosotros lo produciríamos. No nos creyeron. Insistimos y el editor nos mandó a hablar con el administrador.

El 4 de octubre de 1998 nacía *La Barca de Oro*, con media página. Al mes nos dieron una página completa y allí empezamos a publicar el trabajo de las niñas y niños. La *Escuela 100-35* se convirtió en la pionera de esta página, porque seguidamente, en enero de 1999, teníamos en ese periódico cuatro páginas. Ese mes llevamos al editor allí donde nos reuníamos con los niños, niñas y gente de la comunidad. Eso le impactó. Johanny Guaipo y varios de los muchachos se convirtieron en escritores de cuentos y poemas, y todos los domingos la comunidad estaba pendiente de *La Barca de Oro*, donde aparecían las y los muchachos con sus escritos, más su foto. “Diego y los limones mágicos”, Aquiles Nazoa, Andrés Eloy Blanco y un sinfín de poetas y cuentistas, también tuvieron la culpa de que los muchachos aprendieran a leer bien.



La cruz de Isabela

Isabela, una niña próxima a cumplir once años. Alta, mucho más que el resto de las muchachas y muchachos. Ella no tenía casi relación con el grupo y la mayoría de las veces se quedaba en el salón durante el recreo. Cuando regresábamos, ella estaba dormida. Isabela había ingresado a la escuela en el mes de octubre, en el segundo grado. Me correspondía el caso porque era mi sección. Ella pocas veces faltaba. Pero había un problema, se quedaba dormida. Los muchachos quisieron decirle “la dormilona”. Les dije que no le hicieran eso. Comenzando enero, en vista de que ella no avanzaba en la lectura, fui a su casa. Ella me guió.

Al llegar, vi que la casa era de una sola habitación. La niña llamó a la mamá, quien dormía placenteramente. Observé varias cosas, el estado de la vivienda, las condiciones de vida. Era una habitación hecha de bloques viejos o usados, tal vez recogidos en distintas partes, pues tenía muchos colores. Isabela, su hermanito y la mamá dormían separados por una cortina de colores. La señora se levantó con rapidez cuando Isabela le dijo que había ido con el maestro para conocerla.

—Maestro, ¿qué desea? Primera vez que veo un maestro por aquí —preguntó.

—Vine a conocerla —dijo—, pero veo que estaba durmiendo.. Además, le hemos invitado varias veces para hablar de su hija y para que vaya usted a las reuniones.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Ninguno que sea grave —dijo—. Aunque, sí, algo que preocupa. La niña llega a la escuela a dormir. Y ya estamos en el mes de enero. Todos los niños y las niñas saben leer y escribir; Isabela no avanza. Yo veo que ella es una niña inteligente, pero también veo que hay algo que le preocupa. Quiero que vaya, mañana temprano, a las siete, para que hablemos con la directora, usted y yo.

La señora estuvo a la hora. Nos sentamos a conversar. Ya yo tenía información de qué pasaba por las noches en la habitación de la señora Romelia.

Fui ácido con la señora Romelia. Pero le pedí disculpas por lo que le decía y le reclamaba, tratándose del cuidado de sus niños, el respeto por ellos y por su familia. Ella se quedó callada. Le dije:

—Su hija no duerme porque está pendiente de usted y por el ruido producido por el tocadisco. Nadie puede negar la diversión, pero cuando hay hijos pequeños por delante, debe pensarse bien. A ellos les estamos haciendo un gran daño. Piénselo. La directora, quien estuvo más como observadora que como directora, también le dijo unas palabras, sobre todo aconsejándola, después de escuchar atenta lo dicho por mí a la señora Romelia.

Luego, le señalé:

—Voy a estar pendiente de la niña. Ella tiene derecho a estudiar y por eso tiene que comenzar a

igualarse e integrarse con el resto del grupo, aprender a leer y escribir y seguir adelante. Hay mucho tiempo para que ella avance, pero hay que olvidarse un poco de la música y prestar atención y tiempo a los hijos. Mi vida se ha ido entre el trabajo y mis hijos. Ya han crecido algunos y siguen adelante con sus estudios, ¡y mire que son varios!

Isabela comenzó a rendir. Ya no se dormía en el salón. Para comienzos de marzo leía muy bien y, para fin de año fue una de las mejores. La señora Romelia, a partir de allí estuvo pendiente de Isabela y su niño, quien estaba en primer grado.

Con todo ese grupo de treinta y siete muchachos fuimos avanzando, en el año 1999. *La Barca de Oro*, suplemento cultural, empezó a formar parte del libro de lectura en la escuela: la comunidad, las maestras y la muchachada. Todos estábamos pendientes los domingos del diario *El Progreso*. Hubo un momento en el que no se decía *El Progreso*, sino *La Barca de Oro*. Así fue como Isabela pudo salir de la cruz que le impedía avanzar en la lectura, la escritura y la relación con sus compañeros y compañeras de estudio. Isabela ahora es profesional de la docencia y trabaja en una escuela de Ciudad Bolívar.



La Barca de Oro, la escuela y la comunidad

La presencia de *La Barca de Oro* inició un nuevo momento a partir de la salida a la calle, promoviendo a los niños, niñas, maestras y maestros, comunidad y personajes desconocidos y conocidos en el ambiente educativo.

—¿De dónde sacan ustedes todos esos personajes?
—nos preguntaban a cada paso.

—De las tumbas —decíamos a algunos.

Un amigo que venía de Caracas me dijo:

—Esta ciudad está muerta. No hay promoción de la cultura; no veo actos ni promoción de literatura.

De inmediato lo llevé a conocer a un amigo que vivía cerca de mi casa (que en paz descance). Nos sentamos con este un buen rato. Beltrán le sorprendió con un poemario y un ensayo; una prosa. De seguida sacó varios cuadros, caricaturas y un grupo de poemas breves. Beltrán ya estaba formando parte de *La Barca de Oro* e ilustraba la página infantil. Ya teníamos cuatro páginas. Beltrán era un docente recién jubilado, con experiencia en la secundaria.

Invitamos al amigo a visitarnos el día viernes donde nos reuníamos con niños, niñas, jóvenes y señoritas y algunos señores de la comunidad. Ya habíamos integrado a algunos poetas y poetisas para los días viernes, cinco de la tarde. También habíamos invitado al

cronista de la ciudad para que nos hablara, de manera sencilla, sobre cuáles eran los personajes de la ciudad de los que todavía escribía y que se les pudiera consultar. En ese momento ya el profesor Miguel Mijares y yo conocíamos a unos cuantos, porque nos habíamos fijado como tarea conocer, en lo posible, todo el movimiento cultural. Ya *La Barca de Oro* se hacía propiedad de todos, incluso de la ciudad. Por eso nos reclamaban si no salía un domingo.

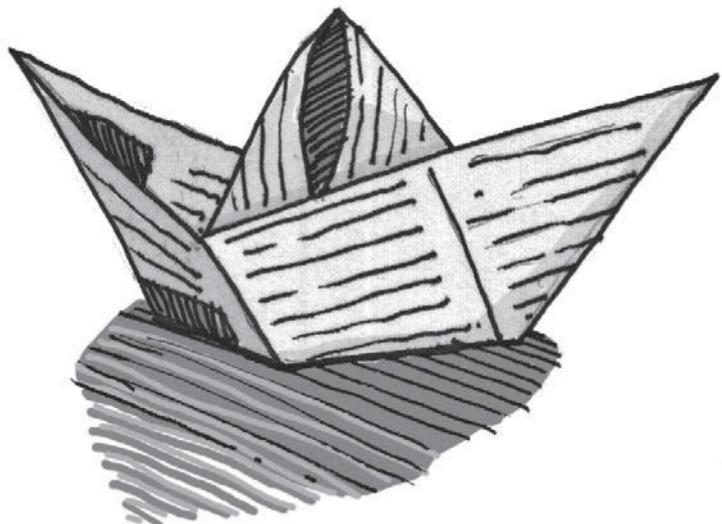
Américo Fernández, cronista del municipio, inició su exposición saludando a los niños y niñas, al resto de las personas y dando las gracias por la invitación. Inmediatamente, nos citó a Mimina Rodríguez Lezama, a Abraham Saloun Bitar, Pedro Ostti, a Teresa Coraspe, Ondina Fernández, René Silva Idrogo, Al doctor Elías Inatty, al doctor Luis Camilo Perfetti, “quienes en este momento siguen dando aportes por esta ciudad”, dijo.

Fernández cerró entonces hablando de un personaje “que no está entre nosotros”, expresó, “pero es como si lo estuviera”. Era el doctor José Manuel Agosto Méndez, médico, ensayista, periodista, poeta, un gran humanista; nos dejó para la posteridad el himno de Guayana, hoy himno del estado Bolívar.

Todos los presentes se quedaron asombrados. En ese instante desconocían quién había escrito el himno del estado Bolívar. Le dimos las gracias a Américo. Le expresamos nuestro agradecimiento por tan sencilla exposición. También al amigo caraqueño le agradecimos por su visita, y seguidamente este

intervino ofreciendo disculpas por lo que había pensado de Ciudad Bolívar, en torno a que “aquí no había nada cultural”.

En ese instante aparecieron varias niñas con una tizana para compartir. Cosa que ya se había hecho costumbre los días viernes al concluir la lectura de cuentos, poesía, oír las orientaciones y escuchar en la voz de una niña la lectura de un poema y una canción por parte nuestra. “Nos vemos el próximo viernes y, lean *La Barca... el domingo*”.





El porchecito

—¿Y escribístelas vos?—dijo la duquesa.

—Ni por pienso —respondió Sancho—,

porque yo no sé leer ni escribir,

puesto que sé firmar.

EL QUIJOTE DE LA MANCHA

MIGUEL DE CERVANTES

El grupo de niñas, Gloris Maita, Fabiola Hurtado, Génesis Loreto, Diana Vargas y Adhisley da Silva, surgió al calor de *Porche Literario de la Calle 13*, nombre original del movimiento, reilonas, con capacidad e interés para dar sus opiniones, cada vez que no había material para cubrir la página “Los niños cuentan”, de *La Barca de Oro*, ellas estaban presentes.

Dos programas de radio, uno dirigido por César Gil en radio Angostura y otro llamado “Creciendo con Queen”, la reina; dirigido por Gina Martínez los días sábado. Era un programa grabado en un 30 % y tenía un espacio en directo, donde se presentaba un diálogo constante y la reflexión acerca del programa, historia local, regional y algunos personajes. Del grupo que participaba constantemente, muchos han asumido carreras sociales, incluyendo el periodismo. Gina Martínez y Miguel Mijares aún continúan en la docencia.

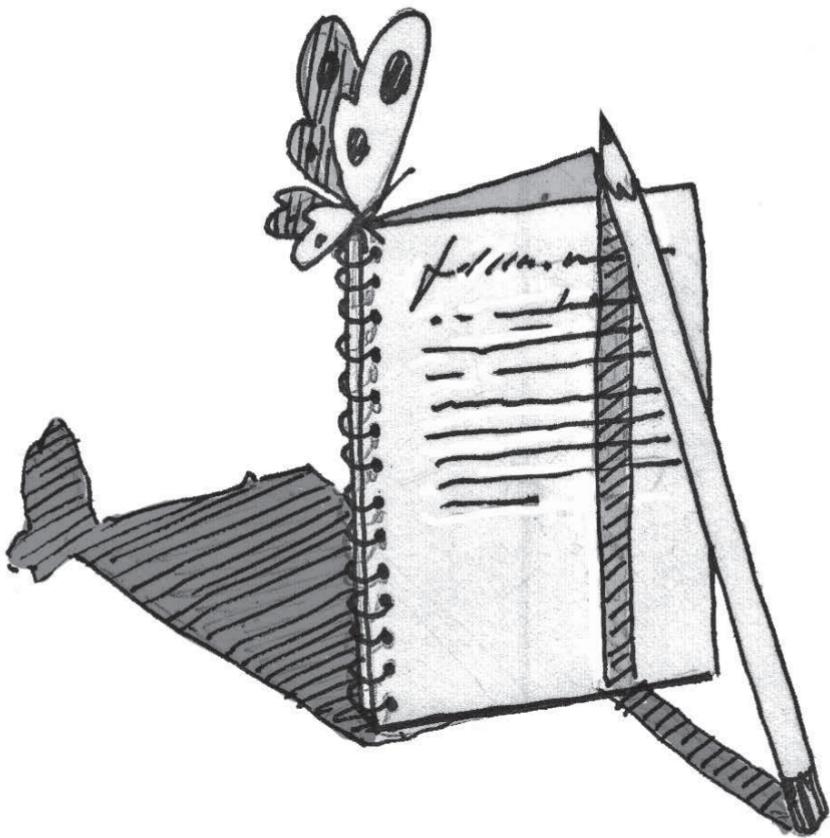
El programa presentado por César Gil era de opinión y presentación de reconocidas personas de la

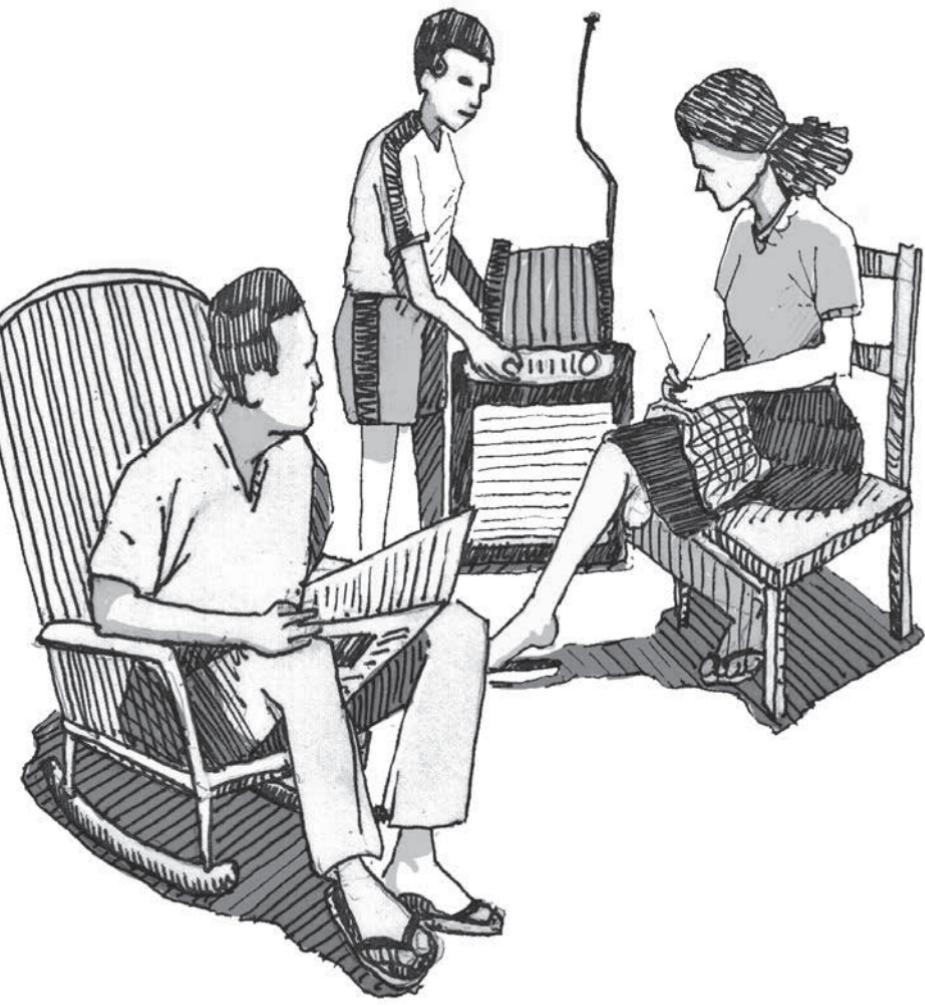
literatura, y políticos, pero nosotros logramos un espacio con César para que las niñas y niños fueran a leer, a comentar sus trabajos y dieran opiniones sobre algún hecho de la comunidad que reportara aprendizaje. En ese caso, Gina Martínez, los niños y niñas hacían parte del programa, lo que impactaba en las escuelas, sobre todo donde estudiaban los que participaron en *Porche Literario...* Todos los viernes nos encontrábamos y los sábados iban al programa de radio. Además, los domingos se publicaban sus trabajos en *La Barca de Oro*. Esto se fue convirtiendo en un proceso de aprendizaje para *El Porchecito* y para los adultos que acompañábamos.

Este hecho iba levantando su voz y al mismo tiempo iba a levantarse con voz propia. Los de este grupo hoy todos tienen un quehacer, muchos ya culminan sus carreras. Diana, como ingeniero civil y Fabiola es médica con hermosas notas y atiende en una clínica y en el hospital Ruiz y Páez, en Ciudad Bolívar. Unos de los muchachos que entró al *Porche...*, Ramsés, ya con su sexto grado concluido, es ingeniero civil y scompañera, Alinel, graduada ya como médico, ejerce en la ciudad de El Tigre, Anzoátegui y él, Ramsés, trabaja en una petrolera, también en Anzoátegui. Tienen dos niños. Ambos escriben muy bien, sobre todo, poesía.

Mirar el andar del silencio, ir por los árboles, volver a la tierra, afincar tu voz e invitar a levantar el rostro y curar el alma. Ni el silencio ni el viento se han ido jamás al hueco, como el Barbero del rey, a esperar a ver si le nace una mata de bambú y una flauta y cuente

su sufrimiento. El presente es de los niños y el futuro también. Seamos niños hoy y mañana, porque el tiempo siempre nos pertenece.





El libro se hace entre todos

Llegar a la escuela San José de El Perú fue duro durante algunas semanas. Como siempre, “¿Dónde te ubicamos?”. Apareció entonces la biblioteca, un espacio con cierto abandono, a pesar de estar una persona encargada de ella.

Hice mis cálculos, salón por salón, para ver las deficiencias en lectura de los muchachos y observar la metodología usada por la maestra. No fue difícil comprender la situación de los muchachos y muchachas: “Escribe lo que está en la pizarra”. “Agarra el libro, escribe esto”.

Salía triste de cada salón. Hice un horario para llegar a cada grado. Limpié los libros de la biblioteca llenos de polvo. Seleccioné varios textos y fui de salón en salón, quiero decir, de grado en grado, a presentarme ante los muchachos. Ya la directora me había presentado ante los maestros. Un docente, del cual había sido yo su coordinador en el centro de Apoyo al Docente, se mostró muy alegre al verme allí, y fue haciendo una especie de propaganda de “quién era yo”. Las docentes y los docentes me miraban con extrañeza.

Elaboré un plan para atender a todos los grados y no los “grupitos”. Consulté a la Dirección, le expliqué la idea y razón del plan: “Sumar muchachas y muchachos, y docentes a la lectura”. Claro, la intención de fondo era lograr escritos para *La Barca de Oro*. La directora no tuvo objeción.

Empecé en el turno de la tarde donde solo estaban 4.^º, 5.^º y 6.^º en este horario. Un buen grupo. Noté, al atenderlos, que la deficiencia era alta. Tuve entonces que hacer dos planes. El plan para todos y el para los que no leían nada. Para estos últimos, se creó un horario para prestarles atención “urgente”, mientras a los demás los atendía contándoles y leyéndoles cuentos y poemas, hasta que vi que el resto se empezaba a motivar. Igual comenzaron a motivarse las maestras y dos maestros de la tarde, uno en la parte deportiva. Ideé con el docente de deportes de la tarde, enseñarle a este grupo de niños, urgente, el juego del ajedrez, estrategia ideal para buscar motivación y concentración.

Fui a la Dirección para hablar con la directora acerca de los requerimientos para atender al grupo que no sabía leer ni escribir. Le entregué la lista de muchachos y muchachas, cifra bastante alta. Alcanzaba un número de diecisiete. La profe, directora, no lo creía. Le dije inmediatamente que los reuniéramos para que ella observara la situación. Le insistí. En diez minutos los llevamos a la biblioteca, un espacio pequeño convertido luego en aula.

—Deme marcadores y papelógrafo. Armaré el libro con ellos —le señalé—. De acuerdo a la sensibilización y motivación que ellos adquieran, en un mes y medio deben estar leyendo.

—Espero que así sea —me dijo.

—Así será, profesora —le expresé.

Ese mismo día se hizo un diagnóstico de la situación de cada uno. Sobre todo, dónde vivían, si tenían

hermanos más pequeños, si los padres y madres trabajan, si había algún otro familiar que estaba a cargo suyo, cómo era el trato de este, cuál y cómo era la relación con los vecinos. “¿Cuántos cuartos tiene tu casa?”. “¿Será posible la visita a tu casa un día de estos?”. Todos aprobaron.

De esa conversa surgieron elementos no contemplados en estas preguntas improvisadas. Ejemplo: “Mi hermana tiene dos niños y vive en la casa con nosotros”. “Mi mamá, con un señor que no es mi papá”. “Mi hermano mayor se fue para las minas y es el que manda dinero a mi mamá”. “Mamá trabaja en casas de familias lavando y planchando”. “Yo vivo allá, junto al barranco”. “Mi tía Soledad y mi tía Cristina a veces pasan por la casa y nos llevan algo...”.

¡Qué broma!, pensé. Y esto es peor que mi imaginación y a las necesidades que todavía paso. ¿Cómo vamos a entender estas cosas si solo nos dedicamos a repetir contenidos y a poner tareas en la pizarra y copie esto y aquello? ¿Nunca les hemos dicho que escriban lo que piensan? ¿Por qué? ¿Cuesta mucho?

—Muchachos, hemos hecho bastante, pero es importante hacer el libro entre todos —les dije—. Con lo que ustedes dijeron haremos cada lección y con ellas aprenderemos a leer lo más pronto posible. ¡¿Sí lo haremos?! Bien. Ustedes conocen su barrio, yo no. Así que la próxima semana, en grupo, iremos a recorrerlo. Ustedes serán mi guía.

Así se hizo y allí se recogió más información. Fluyó el encuentro con las familias. El bote comenzó a andar y en él, el grupo.

Con todo lo que se iba juntando y lo obtenido en la primera conversación, se elaboraron las primeras lecciones. Partimos del reconocimiento de las vocales y los sonidos que ya conocían, pero lo hacían de letrado. Empezamos con las palabras COMUNIDAD, CASA, CALLE. Frases como: SAN JOSÉ, MI BARRIO, LA CASA DE LA ESQUINA. Y oraciones como: MI BARRIO SE INICIÓ ANTES DE 1970, EL MEREY ES DULCE Y SIRVE PARA PREPARAR “EL MEREY PASAO”. En este caso, cada palabra, cada frase y cada oración, con su dibujo o fotografía, sirvió para mantener un diálogo constante; reconocer su propia comunidad y reconocerse a sí mismos. El tiempo previsto se cumplió y cada uno regresó a sus aulas a contar su experiencia y alguno a decir: “Por fin leo”. Uno de ellos escribió un minicuento:

La luna trajo la lluvia. El agua llegó a la casa. Mi hermano se bañó.

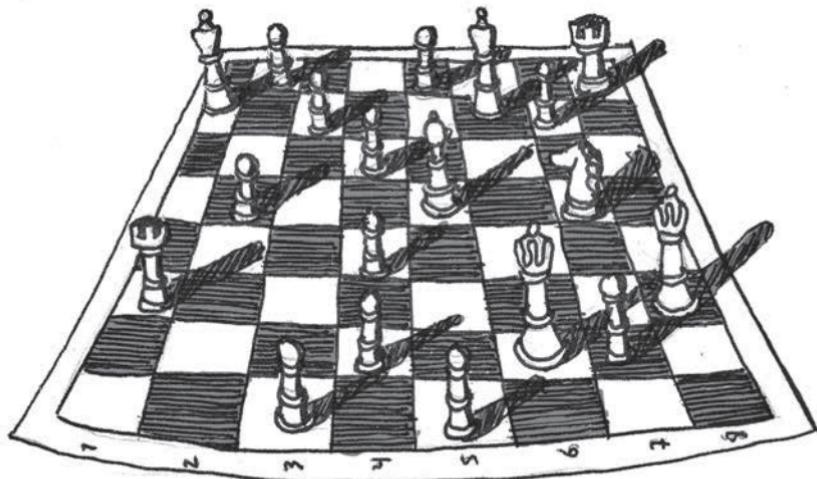
Yordan

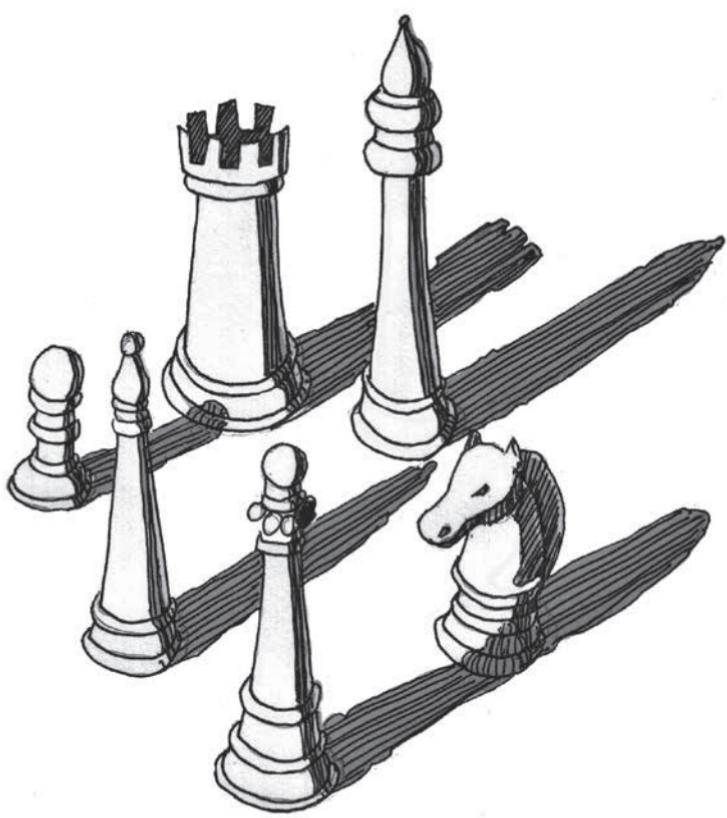
Para muchos y muchas, incluyendo sus compañeros de estudio, eso era una mentira. Los muchachos hicieron una demostración salón por salón, bajo mi responsabilidad, entonces se convencieron. El grupo explicó cómo comenzaron y cómo entendieron rápidamente que podían leer igual que los demás. ¿Qué les faltaba? Motivación y que los tomaran en cuenta. Además, empezaron a mover las piezas del juego del ajedrez.

En el recreo se reunían y sumaron a muchos a conocer el juego de ajedrez.

*El cuaderno abrió sus alas con el viento,
y un lápiz ordenó una línea;
juntos los dos contaron como hermanos
el avance de un alfil sobre una reina;
atrapada esta
frente a la defensa de un peón.*

—Te gané, pajarito! Mañana volvemos —dijo José. Tejiendo los aprendizajes, todos los días anduvieron y el resto del año hubo calma. Ya nadie decía: “Tú no sabes leer”. *El libro se hace entre todos* había aprobado con creces el amor por la lectura en ese grupo.





El color del ajedrez

*El libro es luz en la montaña
amarroado al horizonte.*

*Se lee en el árbol
y en el ojo del pez azul.*

*Se lee en el cariño
ayer la luz del viento
en la luz del camino.*

EUGRIVAS

Molé Kokoy (gavilán) venía de las montañas del río Caura, valles del Sari Sari Ñama. Cuatro a siete días de andanzas en lanchas, atravesando los saltos de agua (raudales), una y otra vez, hasta llegar al destino (Maripa). Subir o bajar los raudales es un paseo para los Sanema o Sanemá. Para los demás es una aventura.

Molé un día bajó con su maestro Keke a la ciudad. Tenía su comunidad las ganas de que este niño despierto estudiara en la ciudad y aprendiera a hablar castellano. Ya Keke le había dado algunas instrucciones. Él, al llegar a la ciudad, se posesionó. Su capacidad de comprensión no permitió que tardara poco en comenzar a hablar castellano. Keke había confiado a Kokoy a la familia de un docente de una escuela y la casa de este docente se convirtió en la casa de Kokoy por tres años.

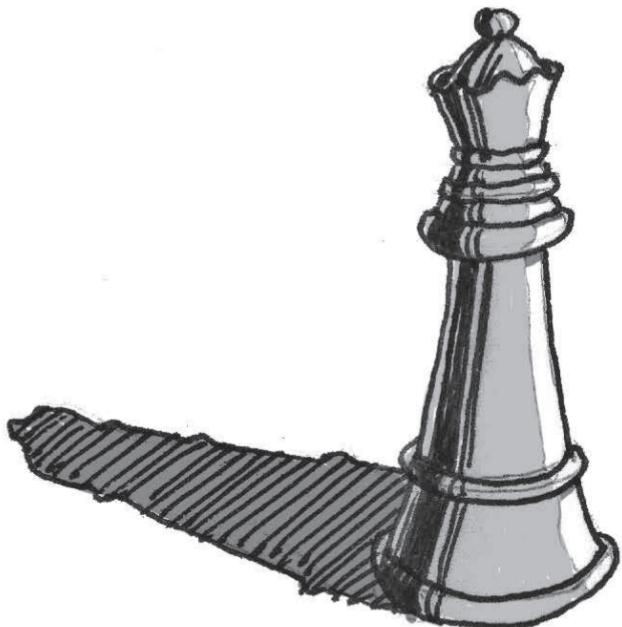
Del Jesús, el docente, inscribió a Molé en tercer grado, en la escuela en la que trabajaba. Molé Kokoy demostró con mucha rapidez que sus conocimientos iban muy por encima de este grado y se pasó al cuarto grado. Se le pidió al docente de deportes que lo enseñara a conocer el fútbol y Molé demostró que jugaba y en las disciplinas que no conocía muy rápido se hizo de ellas. El docente Del Jesús le enseñó a jugar ajedrez y en pocos meses era el mejor jugador de la escuela. Luego representó a la escuela en el interescolar y lo ganó. Fue al interparroquial y lo ganó. Fue al estadal y, por un punto fue derrotado, obteniendo un segundo lugar, frente a jóvenes que tenían experiencia en este deporte.

Molé se hizo querer entre niñas y niños, docentes y todo el personal de la escuela, “La Escuelita”, de San José de El Perú, como es conocida. Nadie llegó a decirle a Molé “indio”, ni nada de eso. Todos siempre le dijeron Molé.

Concluido el sexto grado se le inscribió en una escuela de corte agrícola y pecuaria, dirigida al sector indígena. Molé allí terminó su primer año. Se alió a un grupo que quería fugarse del centro de estudio. Se fueron a Maripa, puerto del río Caura, y él regresó a su comunidad. Cuenta Keke que la familia, la comunidad y él se sorprendieron al verlo allá. Antes, maestros y Del Jesús habían hecho averiguaciones para saber por lo menos dónde se ubicaba, encontrándolo una vez en Maripa. Luego no se supo más de él, hasta que Keke

(Víctor Mendoza) bajó de la montaña diciendo que Kokoy estaba bien. Él por vergüenza no quiso regresar.

Las alas del motor de la curiara lo atraparon. El ruido de los báquiros, las aves que cantan al sol del alba, a la lluvia y al atardecer, más la mirada de una amiga de su ambiente, lo atraparon entre el ajedrez de la adolescencia y la corriente del caudaloso Caura.





Vengo a recitarles

—¡Qué alegría, finalmente aprenderás y las letras leerás!
—dijo el arlequín que se llamaba Omega.
—¡Gracias, muchas gracias! —dijo la jovencita.
—Pero una cosa debes saber: que paciencia y buen oído
debes tener —dijo Omega.

LUSETE ALVES

Los ojos del barrio son más profundos que contar un cuento. Están mojados cuando llega la lluvia, húmedos al llegar la tristeza de la tarde, ciegos al no poder mirar el canto del amor de las aves al ritmo de la garúa. Son cualquier cosa al pensar solo con el silencio. Y, más aún, es triste al llenarse del “me lo dijo fulano”. ¡Ah, qué agonía, finalmente, ver torcerse el estómago como una letra retorcida en un cuaderno de la esperanza!

Vengo a recitarle; *quitóle la “ESE”, me permisó Glenys Paúl*. Ella, niña comprensiva, desteje imágenes de amor al hablar y al leer lo que lee. Así como la madre canta a su dios cual ave de los potreros, su padre embellece los linderos de las habitaciones de cualquier casa, para dar su aporte a la luz de su gran familia.

Contar un cuento que cuenta al contármelo la comunidad. Es hora de agarrar el mango del copo de la mata de mango, y no agarrar mangos bajitos. Exprimir

la palabra del barrio y ver desde el video el espejo de los silencios. Digo:

—Me agarró la noche sin luz en el porche y sin agua en la nevera. Por eso, vengo a recitarles. Este día cuando lees lo que lees, mientras te escribo lo que escribo con Glenys Paúl, Otto Pérez, Elizabeth Manaure, Pedro Rojas, Julio Alberto Lara, Jesús Travieso, Luz Maicán, Jaqueline Esparragoza, Eudomar Ortega, Ernesto Chaurán..., que esparcen su alegría al pujar las letras desde su vigor en el espacio que le ha correspondido. Pero una cosa deben saber, es verdad, la constancia es el cocuyo eterno.

Una vez apareció Eterpi por la escuela. Quería grabar un video con niños escritores. Eterpi venía de la Villa del Cine. Le tomamos la palabra y duró una semana con nosotros en la comunidad y Eudomar la tomó de la mano, llevándola a su casita muy cerca de un barranco. Se hizo el recorrido por el barrio como una manera de comprobar que lo que le contábamos era cierto. La gente la recibió con alegría. Entonces llevó las cámaras y ahora la escuela, los niños, *Porche Literario...*, *La Barca de Oro*, y el barrio se dieron a conocer aún más en la ciudad y en el país.

He ahí Mi Campito y San José, unidos por las lluvias, el viento, los árboles de aceite, el merey, el mastranto, el duro sol y “la casa embrujada”. Muchas calles de tierra donde el juguete de los niños es un plato de plástico sin fondo.

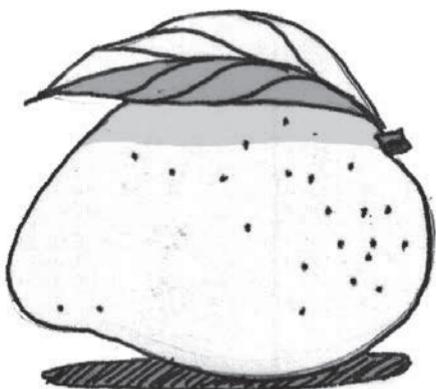
Vengo a recitarles: —Recojo las alas del gorgojo para que no penetre en mis granos de maíz, ni en mis granos de frijol, ni en las caraotas ni en las flores de

hinojo del tiempo de Cristo. Recoger la semilla para dar un beso a la tierra y alrededor echar manitos de jengibre, para que el grillo abusador no troce el tronco de mi maíz bebé.

Vengo a recitarles: —Quiero que en el pendular del reloj se siembre la semilla del alba y tras de esta nazca la abeja polinizadora de la espiga del arroz, de la flor del café y del cacao, de la luna en el amanecer del rocío en el conuco, y sea el girasol la guía al ritmo de la luz del sol.

Vengo a recitarles: —Los muchachos de la escuela serán felices en la siembra, con amor, de cada letra, de cada planta en el jardín de su casa. Seguro sembrarán albahaca, lechosa, moringa, hierbabuena, amaranto y una planta de sábila amorosa.

No queda más que mirar a Glenys Paúl recitar lo que recita y a Eudomar mirar hacia la capa de ozono, en ese tono solidario de “¡Salvemos nuestra tierra!”.





La casa embrujada

Tan solo comenzaba el inicio del barrio. Allí apareció una casa inmensa en toda la entrada de la comunidad. Al principio se tejieron muchos comentarios de quién había construido aquella casa tan grande, mientras el resto del barrio tenía casas pequeñas. “Esa casa la hizo el italiano”. “Que no, esa casa la hizo allí el portugués”. “[Nooo!, esa casa la mandó hacer un árabe de aquella tienda que queda cerca del colegio Mérida, para montar un negocio aquí. Ya lo verán por ahí vendiéndonos telas, ¡y qué baratas!]”.

Los comentarios siguieron por mucho tiempo. Nadie parecía atinar quién había hecho aquella casa. Algunos se preguntaban: “Pero si nosotros no hemos visto quién llega allí”.

La señora que había dicho que la casa fue mandada a construir por un árabe, dijo: “El árabe mandó a gente a trabajar de noche”. Y así continuó la situación. Día a día seguía el comentario y la situación se tornaba dudosa. La gente se asustaba porque alguien dijo que había gritos en la noche. “Son gritos de mujer”, dijo un señor al cual le decían el gordo y, era el cuidador de un pequeño huerto que quedaba del lado abajo del barrio. Se dice que en ese lugar donde estaba el huerto llegó a existir un horno donde hacían pan. Muchos y muchas mayores confirman que era cierto lo de pequeña panadería en aquel monte.

“¿Y la casa? ¿Qué pasó con la casa?”. Muchas y más preguntas se hicieron en torno a esta casa. Mientras que poco a poco se escuchó decir que la casa estaba embrujada. Nadie podía dar certeza de eso, pero hubo quien dijera: “De que vuelan, vuelan”.

Un grupo de muchachos, osados como siempre, decidieron penetrar en aquella construcción. Realmente la casa no la habían construido del todo. Cuentan que el temor les invadió, pero entraron. En grupo recorrieron el lugar, espacio por espacio, sin encontrar nada raro. Los cuartos arriba y abajo estaban limpios, así como que recién los hubiesen limpiado o se habían mudado de allí, dejando todo ordenado. Los muchachos quisieron volver, pero temían aún. Decididos fueron de nuevo. Al llegar al primer espacio oyeron ruido en la parte alta.

—¿Oíste, Pedro José? —dijo Manuel Antonio.

—Sí. ¡Qué será eso! Tal vez puede ser el viento —dijo Pedro—. Pero vamos y veremos de qué se trata.

Subieron y al llegar a la parte alta encontraron que allí habían colocado bombillos amarillos y rojos, pero no había nadie. Dijeron luego que se les había encrispado el cuerpo. Aun así, uno de ellos se dio cuenta de que había una puerta en la parte baja que daba hacia la quebrada. Observaron que alguien entraba y salía por esa puerta, en vez de entrar por la puerta que da a la calle. Y encontraron, en una salita de la parte baja, una mesa que en la anterior visita no estaba. En esa mesa, en una gaveta, había una prenda de mujer. La miraron y la dejaron tal cual estaba.

Una señora del barrio dijo: "Anoche pasé, y en la casa de la esquina estaba una mujer sentada en la puerta. Vestía de color blanco y su rostro no parecía de este mundo". Entre las personas que la escuchaban se armó una tertulia. Uno de los muchachos que ya había entrado dos veces en ese lugar se atrevió a comentar: "Hemos entrado en ese lugar y allí solo hemos encontrado unas bombillas rojas, unas amarillas, una mesa y en la gaveta de la mesa una prenda de mujer perfumada".

"¡Uy!", se le oyó a un joven que se unía a la tertulia, mientras que otro joven, que aseguró haber entrado en aquel espacio, dijo entonces: "Tenemos planeado volver a ese local, pero de noche". La gente le dijo que eso podría ser peligroso, pero él insistió en que irían. Pidió que "si alguien de ustedes nos quiere acompañar, sería bueno. Así tendremos más ánimo para entrar a la casa embrujada".

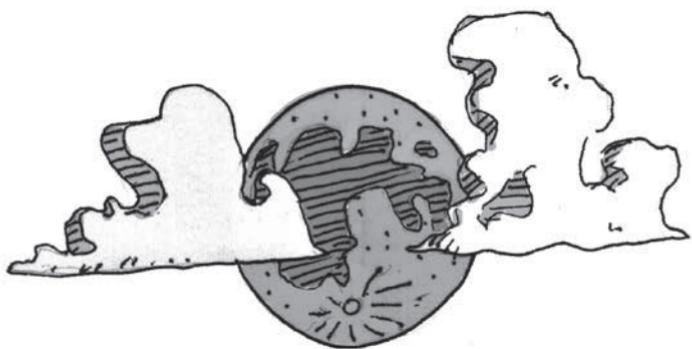
Se le unieron dos personas más, entre ellos, un señor pasados los cuarenta años. Acordaron un día para ir, el día viernes. En ese momento, llegadas las siete de la noche, mientras la gente del barrio veía su televisión en blanco y negro, unos escuchaban la radio y otros tertulian en las puertas de sus casas, Pedro, José, Julio Antonio y las otras dos personas que se le habían unido, tomaron el lugar. Entraron y cada quien se puso en un lugar de manera de ser visto por alguien que pudiese entrar, encender la luz amarilla y verlos. Claro, los nervios iban en aumento cada vez que oían un ruidito.

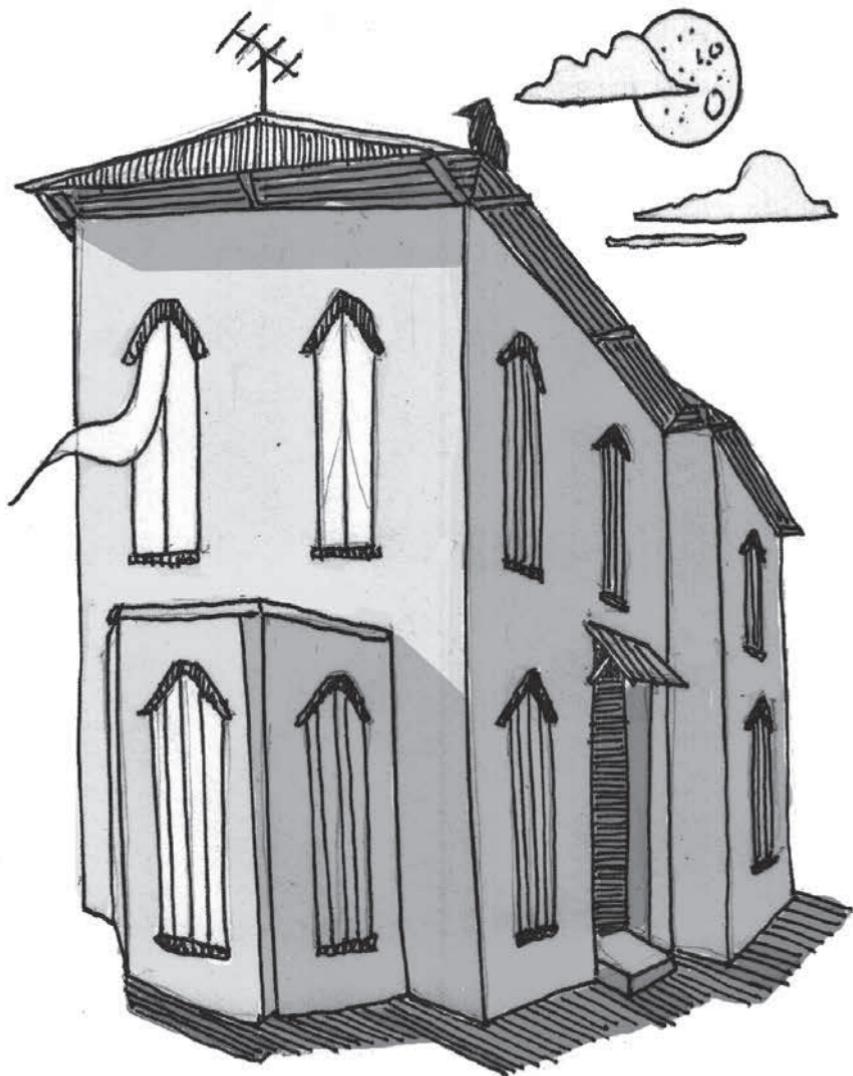
Con todo y todo, se controlaron. Siendo como las ocho y media de la noche, cuando la luz pestañeaba,

vieron entrar a una mujer mayor, muy bien vestida. Su vestido era blanco tipo guajiro, y tenía una bufanda muy linda, y en su pelo lucía una pañoleta que combinaba con su traje. Había un señor con traje sencillo y un bulto llevado en su hombro. Detrás de ellos entró un grupo de seis a diez muchachas y muchachos con libros, lápices y cuadernos en manos y sillitas de tela para sentarse. El señor mayor abrió la caja y le entregó un libro a cada quien. Y la mujer empezó a hablar de los poetas europeos: Franchesco, “el más grande, dijo, Miguel de Cervantes”, Miguel Hernández, García Lorca, Antonio Machado y de los poetas latinoamericanos: Pablo Neruda, Jorge Guillén, José Martí, Gabriela Mistral, Jorge Luis Borges, Rubén Darío, César Vallejo y los poetas venezolanos: Ana Enriqueta Terán, Asunción Silva, Luz Machado, Jean Aristigueta, Pedro Suárez, Manuela y Simón (con sus *Cartas de Amor*) y Víctor Valera Mora. Y les señalé cuáles iría seleccionando para leer en este año, y para hacer comentarios de cada uno de esos poetas.

El señor, con voz de poeta y con sencillez de un maestro de escuela, dijeron luego los muchachos, leyó un poema con sentimiento y humildad: “Cosa que nunca habíamos escuchado”, dijo Julio Antonio. Luego, como pudieron, salieron del lugar y al comunicarse con el barrio contaron lo que les había pasado en la casa embrujada, despertando de aquel sueño que les había cubierto la noche entera.

Así fue como este grupo de muchachos, paralelamente, a través de un sueño, logró entender que esa casa jamás había estado embrujada.





Guanaguanare

I

Guanaguanare jamás había sido nombrado en ninguna parte. Allí, el día que se eligió la reina cayó una llovizna y, además llovió alegría en el pueblo. Al maestro Jacinto Montes, el único maestro de la única escuela que tenía Guanaguanare, se le ocurrió, en su salón de clases, decirle a Mileidis que hiciera una comparsa, proponiéndole que fuese ella la reina del carnaval del pueblo. Las niñas y los niños que oían la animada conversación del maestro con Mileidis también se animaron y corearon:

—¡Mileidis, Mileidis, Mileidis...!

II

La placita de Guanaguanare tenía dos matas de roble muy grande, y dos matas de mango, una mata de castaña y una de caujaro. Allí amarraban los burros que cargaban todo lo que había que cargar en el pueblo.

Los preparativos del carnaval, incluyendo elegir a la reina, comenzaron a las diez de la mañana del día miércoles, unos días antes de que fuese propiamente el carnaval. Doña Yuruarí, una de las matronas que cumplía noventa años, gritó a todo pulmón, al llegar cerca de Mileidis:

—¡Ahora sí es verdad, a Guanaguanare lo conocerá medio mundo!

Todo eso lo dijo con tanto sentimiento que quienes estaban presentes no pudieron contener las lágrimas, tras la mirada dulce de la abuela Yuruarí y la mirada y sonrisa lluviosa de Mileidis. Un señor de tez morena, ojos azules, nariz largucha, dientes muy blancos, que llevaba un pañuelo para secarse la frente que le sudaba copiosamente, dijo:

—¡Viva Mileidis! ¡Viva Mileidis...!

Por fin comenzó la coronación de la reina, que se había ganado todos los votos en la elección. Mileidis se levantó antes de que le impusieran la corona, que consistía en un bordado blanco, confeccionado con las mejores semillas de colores recogidas en la mañana. Entonces ella dijo:

—No quiero que esto suceda sin antes pedir un deseo. ¡Pido silencio! Necesito que escuchen muy bien lo que les diré. Quiero que nombren al rey Momo.

—¡Sí, sí, sí...! ¡Viva Mileidis! —corearon todos.

Mileidis siguió con sus palabras argumentando su deseo:

—Quiero que el rey Momo sea Nicasio.

Todos lanzaron una sonrisa burlesca y uno del grupo se atrevió a contradecir a la reina, diciendo:

—¡Nicasio está ya está muy viejo!

—Precisamente —acotó Mileidis—, Nicasio es el mayor de todo Guanaguanare. Es el padre y abuelo de muchos de nuestros padres y madres. Es abuelo de la mayoría, bisabuelo de muchísimos y tatarabuelo de unos cuantos. Es la persona que nos guarda los secretos. Es a quien confiamos muchas de nuestras cosas y

es él quien nos brinda cariño, amor y ternura. Quién más que él para el rey. Él es nuestro rey.

Todos, ante las palabras de Mileidis, aprobaron que Nicasio fuese el rey y acompañante de la reina. Mileidis nombró una comisión para que fueran en búsqueda de Nicasio. Él era una de las personas que no estaban presentes en la plaza. Nicasio llegó y lo coronaron rey.

III

La alegría brotó en ese instante por todas partes. Guanaguanare temblaba de emoción. La gente se percataba que el rey Momo no tenía traje o ropa adecuada para el instante. Mileidis dijo entonces que no podía salir la caravana sin antes vestir a Nicasio. Dio media hora para hacer el traje. Las únicas dos costureras y el único costurero del pueblo de Guanaguanare se vieron las caras y corrieron. Se concentraron en la casa de doña Humilde. En media hora, el traje del rey Momo, tal como lo exigía Mileidis, estuvo listo.

“¿De dónde salió la tela? ¡Tanta tela en tan corto tiempo!”, era lo que los curiosos se preguntaban.

IV

Para el momento de vestir a Nicasio, salir y que los vieran, los ojos de niñas, niños y todo el público eran una sola mirada que giraba alrededor de Mileidis y Nicasio, reina y rey.

La caravana fue rumbo al primer pueblo cercano, a la que también se unió Mileidis. Y así, se unía a la

caravana cada caserío por donde pasaba la reina de Guanaguanare. Nicasio, como era conocido por todos aquellos pueblos, era ovacionado constantemente. Tanto que Mileidis no podía ocultar su alegría y celos al mismo tiempo, pero también, al ver a su abuelito tan contento, lo aplaudía y le secaba el sudor con su pañoleta.

Así fueron hasta que llegaron a Pueblo Grande. Allí había emisoras, periódicos, televisoras, teléfonos y otros medios que hacían que la gente se comunicara con rapidez. Allí también mucha gente conocía a Nicasio y ahí también fue centro de atracción. En ese lugar se unieron todas las caravanas y carrozas que venían de muchas partes.

V

Eran las ocho de la noche y las caravanas y carrozas seguían en las calles. La carroza de Guanaguanare despertaba la admiración de todos los presentes que se conglomeraban a lo largo de una de las calles más anchas de Pueblo Grande. Era la primera presentación en público de las reinas y reyes, sus carrozas y caravanas. El día siguiente sería la elección de lo mejor de aquel vendaval de creatividad que hubo esa tarde. También ese día era el de la selección del gajo de las emociones, se haría la elección de la reina, quien sería la reina de todos aquellos pueblos, incluyendo Pueblo Grande.

Los guanaguanarenses, esa tarde, se retiraron cargados de alegría:

—¡Viva Mileidis! ¡Viva Nicasio! ¡Viva Guanaguanare!

Era el grito lanzado por todos, sumando los que no eran guanaguanareños, pero que habían hecho suya la caravana y carroza guanaguanarense.

Yuruaní, un joven que había permanecido callado todo el día y durante el recorrido, con mucha serenidad, al llegar de nuevo a Guanaguanare y antes de retirarse a casa, pronunció estas palabras:

—Hoy ha sido un día maravilloso para nuestro Guanaguanare. Un día de emociones. Nicasio ha despertado mucha admiración. No sabía que el abuelo era tan conocido, además de aquí, lo es en todos estos pueblos. Sin él, Mileidis lo profetizó, no sería la reina de todos esos pueblos, incluyendo Pueblo Grande. Yo no hecho nada. Pero esta noche no dormiré. Falta un detalle, tal vez la emoción no nos permitió notarlo. Las costureras y el sastre. Ellos no se hicieron presentes en la caravana ni en ninguna carroza. Ellos deben ir y estar al lado de Mileidis y Nicasio. Así darán mayor vistosidad, armonía, alegría y muestra de convivencia a todos. Tengan por seguro que ya Mileidis es la reina de nosotros y de los pueblos y caseríos de todo esta región. Yo oí que había un premio para cada elemento. Esos premios serán nuestros. Hay que tener fe. Si llevamos a los que no fueron hoy, daremos mayor impresión. Esperemos que amanezca.

Todos se marcharon pensativos a sus casas, después de las palabras de Yuruaní. Al llegar el siguiente díaantes de rayar el sol, llegó el periódico a Guanaguaré. ¡Cosa extraña! ¡Nunca había llegado periódico alguno a este pueblo!

“¡Qué cosa tan rara! Aquí jamás llegaba esto”. Eso y muchas cosas más se decía la gente.

El maestro, sorprendido, echó a correr para dar la noticia:

—¡Miren, miren, miren...! Miledis y Nicasio son destacados en primera página del periódico. Escuchen lo que dice: “Vistosidad, armonía, alegría, convivencia, unidad generacional, creatividad y mucha emoción nos brinda la gente de Guanaguanare. Ellos darán mucho de que hablar en estos carnavales. No habíamos visto algo parecido en todos estos años en Pueblo Grande”.

Los dos únicos periódicos de Pueblo Grande eran de la misma opinión. También las emisoras se regocijaban del hecho. Todos hablaban y comentaban acerca de Guanaguanare.

VI

El día siguiente amaneció más temprano en Guanaguanare. La frescura arropaba todo el valle. Las niñas y niños pedían participar en los arreglos que faltaban, los detalles. Todo estuvo listo a la hora convenida. Yuruaní esta vez iba de primero. Él era uno de los jóvenes más fuertes de la comunidad. Doña Humilde iba encantada. Amaranta se destacaba con su ramo de flores silvestres. Las costureras y el sastre, tal como lo había dicho Yuruarí, iban al lado de la reina y el rey. La convivencia era total. Mileidis no ocultaba la sonrisa, no por ser la reina, ¡no! Ella iba contenta porque a su lado, su pueblo, iba hecho una sola sonrisa, una sola

persona. Al lado de los abuelos sentía más seguridad y unidad con los suyos.

Empezó el recorrido. Las niñas y los niños montaron en sus burros, mulas, caballos y en algunos carros que había en Guanaguanare, porque el camino era una trocha y allí no podían entrar carros que no tuvieran mucha fuerza. Por instantes, Guanaguare quedó solo. Solo la emoción vibraba en Guanaguare. Al llegar a Pueblo Grande la gente esperaba con ansiedad, lanzaba besos a los guanaguanarenses y a Mileidis y a Nicasio y todos los acompañantes respondían el saludo con un beso y echando flores sobre la gente. Flores que traían de la montaña, recogidas en la madrugada con el más infinito amor y con esa dulzura que iba de la mano del guanaguanareño.

¿Saben? En Pueblo Grande no se hablaba de otra cosa, de Guanaguanare, su reina, su gente, su comportamiento, su amabilidad, su amor, su carroza, su caravana y de esa especial compañía del abuelito Nicasio. “¡Genial!”, decían. La caravana se detuvo por un momento y Mileidis improvisó unas palabras:

—Para los que no son de Guanaguanare y los que son también, deben saber que lo único que nos acompaña siempre es nuestro amor, nuestro campo, nuestra siembra, nuestra unidad, fe y esperanza y la ternura que dan y han dado los que ustedes ven: doña Humilde, doña Convivencia, el muchacho Yuruaní, Yuruarí, Amaranta, el abuelo Nicasio y todos los abuelos y abuelas, nuestros y nuestra guía, acompañados también con

nuestro maestro Manuel quien ayuda a cosechar esperanzas y valores, y el amor y la comprensión.

Yuruaní la detuvo y dijo:

—Ese es el elemento, el amor.

Él hizo un gesto para avanzar que Mileidis y sus acompañantes aprobaron de inmediato.

VII

La caravana y carroza de Mileidis, reina de Guanaguare, debía pasar por un lugar por brevísimo tiempo. Allí en ese lugar estaba el jurado y las personas conocedoras de bailes, arreglos, danzas y de las artes. Al momento de pasar Guanaguanare se hizo un nudo de aplausos, hasta los y las acompañantes de otras carrozas y comparsas aplaudían a los guanaguanareños. He ahí entonces, el jurado por unanimidad dio el veredicto: 1º, 2º y 3º premio, de los cinco que entregaron, a la mejor caravana, la mejor carroza, a la mayor creatividad y sencillez. Esos tres primeros premios se los llevó Guanaguanare. Los mismos consistieron en dotación de uniformes para todas las niñas y niños de la escuela, telas, máquina de coser para las costureras y el sastre, más un hermoso par de zapatos y vestido a la talla para la reina Mileidis, ropa para Nicasio, un traje azul claro, ayuda para el remozamiento de la escuela y una promesa de búsqueda de recursos para construir una edificación digna para la gente del pueblo de Mileidis y Nicasio, y un espacio para promover la creatividad de la población.

¡Ah!, la cosa no se quedó allí. La poblada se autoinvitó para ir a Guanaguanare y solicitó al jurado que los demás premios, incluyendo los dos que le faltaban a la carroza y comparsa de Mileidis y Nicasio, fueran entregados en Guanaguanare.

El jurado no tuvo peros. Se fueron a aquel pueblo, se bañaron en su río, y durante tres días disfrutaron de aquello. Las emisoras, los periodistas, las televisoras y otros medios también llegaron a Guanaguanare.

La escuelita, que era una vieja casa de bahareque, se convirtió en una inmensa escuela donde todas las poblaciones cercanas fueron a estudiar allí. El maestro Manuel fue su director de ahí en adelante y muchos de los muchachos y muchachas que se formaron en ella también fueron luego docentes en esta. En toda la patria se hablaba de la escuela y del pueblo de Guanaguanare, donde niñas y niños estudiaban, estudiando entre ellos, bregando, y, como parte de las tareas, ayudando en la siembra, cuidándola y recogiendo los productos, hijos de la tierra y de ellos. Además, atendían a los viajeros, porque Guanaguanare, desde ese entonces, un pueblo no conocido y donde la gente iba a conocer cómo se había logrado aquel milagro de producción en todos los niveles y, sobre todo, en la educación que recibía el pueblo.

Mileidis adulta, con familia, hijas e hijos decía continuamente: "No hay milagros. Solo hemos y seguimos escuchando a nuestros abuelos, padres y familiares. No nos comemos las semillas sino que las reproducíamos

constantemente. Los granos los certificamos con el aceite de vegetales y raíces que cultivábamos”.

Desde entonces todos los guanaguaréños participan en todo tipo de actividad creativa, productiva, educativa y cultural de todo ese cantón que lleva su nombre: GUANAGUANARE.

Gracias por leerme en esta hora.



Escribo lo que pienso

Pienso, luego existo.

RENÉ DESCARTES

Amar nuestra tierra no puede tener atisbo soslayan-te. ¡Que no a los amores por correos indignos, ni cartas embusteras que matan el primer árbol de la casa de la esquina! ¡Que no a las espuelas que hieren el corazón de la arboleda! ¡No a la maligna pieza que hirió a la semilla y la espiga del maíz! Venga la duda que guía el viento hasta el centro donde se puede encontrar: *escri-bo lo que pienso*.

No es fácil, diría una señora, quien siempre lleva el: lo irreflexivo en la frente. Vino la pregunta, como el que no quiere la cosa. “*¿Podemos responder por dónde entra el agua al coco?*” Isaíto estaba en el copo de la mata. Bajó al pie de este cocotero, miró alrededor y extendió su mirada hacia donde creía estaban las lagunas, manantiales y ríos, abrazó el tronco en la parte baja al dar un suspiro con el cual pensaba entender *por dónde llega el agua al coco*.

El cocotero tiene un río que es el único que corre hacia arriba. *¡Ah!, ¡¿pero por dónde llega el agua al coco?!* Cuando se empieza a reflexionar sobre esta pregunta, un grupo de niñas y niños, en el aula, al primer instante no encontraban qué y cómo responder. Pero se les fue despertando el corazón, el color, la vista, el alma, el

pensamiento. “Caíste como Isaíto, pedazo de torta bien dulce”, dijo uno que llegó por ahí en ese momento.

Isaíto, que parecía salido de una revista de caricaturas, se fue al pie de la mata del cocotero, subió a lo más alto de esta planta de la palmera y, cuando ya estaba arriba, listo para echar cocos hacia abajo, apareció Rosario, un muchacho de contextura pequeña, con un pecho ancho y fuerte, diciéndole a Isaíto: “Bájate de ahí piazo 'e loco”. “¿Y quién te dio órdenes a ti para que me gobernaras?”, dijo Isaíto. “Nadie me dijo nada, pero es un peligro, suena el viento y te puede aventar al suelo”, respondió Rosario.

Se tejió el que si yo, que si tú, que si más allá. Pero Isaíto, arriba, moviéndose sobre una palma. Por fin, Isaíto hizo un gesto que Rosario entendía poco. Entonces Isaíto tocó el pezón grueso de la mata de coco e hizo la señal de que por ahí el cocotero alimentaba a los hijos, sus cocos. “Entonces, es así como cuando la mamá le da teta al niño. Ah, estoy entendiendo. ¿Pero cómo llega el agua hasta allá?”. Isaíto bajó poco a poco. Bajándose llegó a donde comienzan las raíces de la planta, que luego se extienden por la tierra, llegan a lo profundo del suelo, y van hasta los pozos. “¿Quiere decir que las raíces toman el agua, la hacen llegar al tronco y el tronco la va distribuyendo hacia lo alto, y en lo alto cada quien agarra su parte?”, se preguntó Rosario. “Claro, bobo, las raíces absorben el agua y por las fibras de la planta la llevan hasta las hojas, así mismo llega el agua al coco”.

“¿De qué otra manera puede ser?”, acotó Rosario. “¿Ves otra manera?”, dijo Isaíto. “¿Pero qué pasa

cuando el coco se llena y no puede soportar más agua en el estómago?", se preguntó Rosario. "Tú, Rosario, le estás buscando muchos pelos blancos al gato. Ese gato es negro. ¿No lo ves? ¿Te agarró la ceguera?".

Rosario e Isaíto llegaron a un acuerdo de cómo hacía el coco para no tener tanta agua en su corazón. Se explicaron entonces que el agua se evaporaba por el mismo lugar por donde entró y así por las hojas se lanza el agua evaporada hacia las nubes, llevando el líquido que ya no soportaría el cuerpo. "¿Y adónde llega el agua evaporada?", preguntó Rosario. "¡Caramba, Rosario!, ¿qué pasó con tu primaria? Tú sabes, el agua llega a las nubes y cuando las nubes no pueden sopportar más el peso de tanta agua, lanzan el agua hacia la tierra en forma de lluvia. La lluvia llena los lagos, ríos y pozos, las represas y esa lluvia choca en las plantas y las pone bonitas, y eso se le llama ciclo del agua. Eso es un proceso permanente", le respondió Isaíto.

"¡Upa, Isaíto!, tú sí que sabes cosas", dijo Rosario. "¡No es que sepa tanto, Rosario, sino que hay que poner mucha atención cuando el maestro o la maestra o el compañero expone, ¡hay que escuchar, hay que escuchar, hay que escuchar...!", respondió Isaíto.

"Rosario, ¿tú me puedes decir alguna propiedad del coco?", preguntó Isaíto. "Escucha Isaíto, siempre le escuché a mi abuela que el coco cuando está tierno, muy tierno, es un suero igual al que brota del pecho, pezón o teta de la madre, para alimentar a su hijo", respondió Rosario. "Es decir, ¿si una madre, en algún momento dado no puede darle teta a su niño, le puede

dar agua 'e coco?", le dijo Isaíto. A lo que le respondió Rosario: "Exacto. El coco tierno, muy tierno, es un suero universal, según la abuela". "Caramba, entonces hay que cuidar las matas de coco, porque puede ser que por allí haya otras plantas que tengan la misma propiedad, o una propiedad parecida", dijo Isaíto. "Amigo mío, lo que hay que cuidar es la tierra, la naturaleza. ¿No será ese un clamor?", dijo Rosario.

"Bueno, Rosario, seguramente el coco, hijo del cocotero, tenga otros elementos que yo no sé", dijo Isaíto. A lo que respondió Rosario: "Bien, Isaíto, cuando nosotros estábamos pequeños, mis hermanitos y mamá consideraba que estábamos con dolores de estómago a consecuencia de las lombrices, agarraba coco seco, lo rallaba, agarraba pasote, lo machacaba en un trapo limpio y el zumo sacado del pasote lo agregaba al zumo del coco rallado. Esta especie de jugo nos los hacía tomar. Es sabroso, te garantizo. Previamente, mi mamá nos daba un pedacito de papelón a cada uno. Después de una hora se empezaba a mover algo en la barriga y venía, ¡ras!, y había que ir al séptico y echaba uno, en ese momento, el primer grupo de lombrices. Después de un rato se volvía echar otro poco de culebritas tenidas en el estómago. Así mamá nos purgaba. Así era mi mamá".

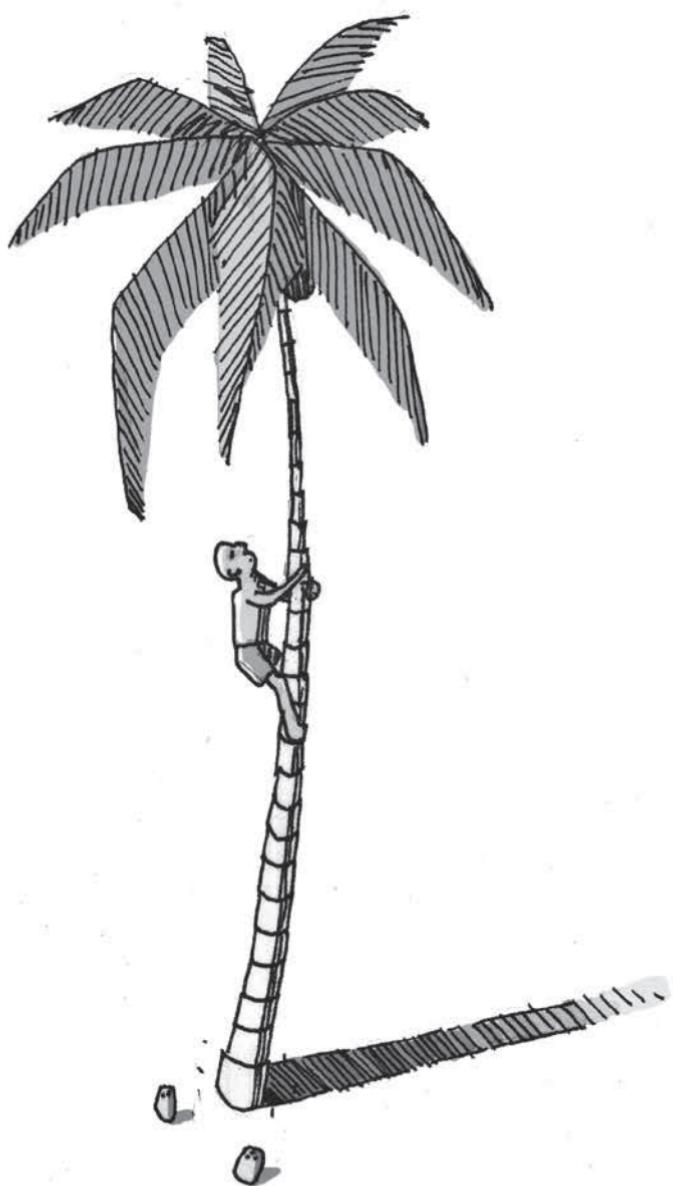
Ese diálogo entre Rosario e Isaíto continuó. "Isaíto, ¿sabes qué?, ¿por qué no conversamos con otras personas sobre las cosas que se hacen del coco?". "De acuerdo", dijo Isaíto. Así se lanzaron a conversar con la tía Yula, la abuela Jacinta, la señora Julia, el señor

Ambrosio, de quien se decía en el pueblo que era un espiritista. Así se llegó a la abuelita Brígida. Todos aportaron recetarios de muchas plantas, deteniéndose en la pregunta inicial que hicimos.

“Con el coco se hace el arroz con coco, la comida con coco, los frijoles y las caraotas con coco, los besitos con coco, los turrones de coco, el dulce de coco. Y mi abuelita Rafaela hacía un dulce que le llamaba piñonato. Agarraba cocos, los rallaba, agarraba piña y la rallaba, lechosa pintona y la rallaba y la harina de maíz cariaco, y con todo eso hacía una masa que ponía a calentar en una paila de hierro. Movía por un rato esta mezcla hasta lograr una masa fuerte que luego extendía en la mesa, y con ello preparaba una torta grande, luego la partía en pedazos tipo rectángulo. Cada uno y una de nosotros (as) cogía las orillas de esta torta, que eran buenos pedazos”, dijo Isaíto.

“Pero fueron muchas las cosas que recogimos en la comunidad como información sobre el coco y otros frutos”, dijo Rosario. “Isaíto, yo veo así como que nosotros estuviéramos leyendo un relato y también como escribiendo lo que pensamos”. A lo que respondió Isaíto: “Claro, Rosario. Mi tía Alejandrina escribió una vez, y yo lo leí, que escribir es traer todos esos recuerdos y dejarlos por escrito para nuestros hijos, nietos, familiares, y a todas aquellas personas lectoras o interesadas en la lectura. Por eso te invito a escribir lo que piensas”.

Te espero en la próxima lectura.



Escribo lo que pienso: Vestalia

La vieron en una esquina. Vestalia se había extrañado. Fue tan inesperada su fuga que mamá y papá no entendían nada. No podían creer lo que le pasaba. “¿Adónde iría Vestalia? Ella no sale sino va con nosotros o una persona conocida”.

Pasadas las horas y llegada la tarde, fueron en su búsqueda. Preguntaban a sus compañeros de estudio, a las madres que la conocían, a los jóvenes que iban por la calle. Daban la descripción de Vestalia. La gran preocupación era que Vestalia solo tenía nueve añitos. “¿Qué le pudo pasar?”. Después de varias horas regresaron a casa con el corazón que le saltaba fuera del pecho.

“¿Iremos a las autoridades policiales a poner la denuncia?”. Vestalia, la madre, dijo a su esposo Rafael: “Por ahora no vayamos a la policía. Vestalia aparecerá en minutos. Tengo ese pálpito”. Lo dijo como toda madre que siempre tiene intuiciones más allá de lo que tendemos a pensar los demás. Así que esperaron un buen rato mientras reflexionaban llenos de rocio salado en sus rostros. Recordaron que tenían un cuarto donde había libros y otras cosas más. La señora Vestalia buscó la llave que tenía guardada, porque la otra se la había llevado Vestalia. Abrió la puerta. Su esposo iba al lado de ella. Sorpresa, al abrir la puerta encontraron a Vestalia dormida con un libro a su lado, *Humor y amor* de Aquiles Nazoa y, en la mesita que

estaba colocada en el cuarto, tenía un cuaderno azul abierto y un lápiz. En el cuaderno había un escrito donde decía:

La maestra Josefa dijo ayer que había que escribir lo que se pensaba, ponerle calor, color y sentimiento a lo que se piensa. Pero antes de seguir hablando también nos dijo que había que leer mucho para refrescar las cosas y adquirir vocabulario, para poder escribir bien lo que se piensa, porque ella, la maestra, dijo, tenía muchos errores y poco a poco los iba cubriendo.

Por eso ayer aprendí algo que me puso a pensar. La maestra Josefa nos pidió disculpas por habernos dicho tanto tiempo que copiemos lo que está en la pizarra, cuando debió decir, escriban. Porque escribir es sacar de adentro lo que pensamos y ponerlo en la hoja de papel y terminó diciendo: "Escribo lo que pienso. Es amar lo que se escribe, revisar después que se escribe y reescribir si es necesario". Después de todo eso, nos dijo: "Pido perdón por todas las cosas que he dicho incorrectamente".

Después de todo, pienso que escribir es recoger por escribo la experiencia personal y por ejemplo, lo que me contaba mi papá y mi mamá de cuando eran novios. Se fueron a La Llovizna, jugaban con los peces, se mojaban los pies y se quedaban viendo y admirando aquella lluvia que se producía al chocar con las piedras. ¡Ay...! y el puente de madera, ¡qué bonito se veía!, y yo ahora puedo ver el puente, los peces, el agua al chocar con las piedras y convertirse en llovizna. Escribo esto para ver a mis padres estar en La Llovizna felices, en San Félix, aún hoy. Eso como si yo

hubiera estado allí con ellos, en ese momento. Pero al escribir los veo reír con dulzura.

Vestalia se despertó y vio a sus padres que lloraban porque la habían encontrado y por lo leído en el cuaderno azul. Vestalia saltó y los abrazó. “¿Qué les pasa?”, preguntó. Y ellos no encontraban cómo explicarle. Vestalia pidió disculpas al papá por haber entrado en el cuarto y tomar sus libros. Él solo le dijo: “Puedes entrar y leer el libro que quieras y gustes”. Y agregó: “Me gusta mucho lo que escribiste y sobre eso de: *escribo lo que pienso*, me parece muy hermoso”

“¿Por qué lloran sus ojos? ¿He hecho algo malo?”, preguntó Vestalia. “No, hijita. Solo nos tenías preocupados”, dijo el padre. “Yo solo quería leer. La maestra nos dijo que había leer mucho y aproveché que hoy no tenía clases”, expresó Vestalia.

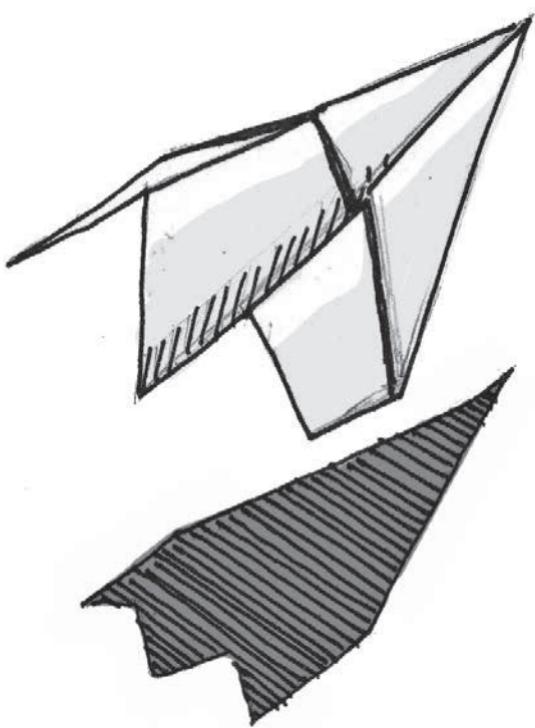
Se sentaron alrededor de la mesa. Echaron cada quien en una taza café con leche preparado por Vestalia, la madre, y tomaron las rebanadas que había en la cesta sobre la mesa. Continuaron hablando del cuaderno sobre la mesa y el amor que se despertaba en Vestalia por la lectura. Ella confesó: “No es la primera vez que entro a leer en el cuarto donde papá tiene muchos libros. No te preocunes, papá, te los voy a cuidar. La maestra me dijo que escribiera un cuento. Hoy leí: *El caballo que era bien bonito y se alimentaba de jardines*. Me encantó. Leí otros cuentos y poemas y ahora escribiré lo que pienso. ¿Me echas una mano, papá? Ah, pero ayúdame a pensar sobre qué puedo escribir. La

maestra nos habla del tema. Por ejemplo, entendí que el caballo que era bien bonito y se alimentaba de jardines era un dibujo de un caballo y un jardín pintado en una carreta, donde el caballo se alimentaba con las flores que estaban dibujadas en el cuadro. También vi en ese cuento que la carreta recorría las calles, guiada por un vendedor de chicha”.



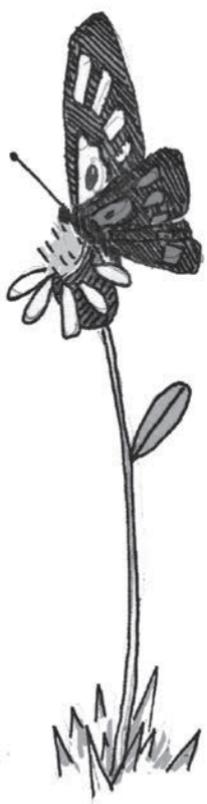
ÍNDICE

Palabras para todos, sobre estos relatos de ayer a hoy	9
Los muchachos de sexto grado y la radio	13
Arcilla del río	21
¿Qué es kaituco?	25
Guaiipo y sus compañeros	31
Navidad, alegría y hallaca	39
La cruz de Isabela	45
La <i>Barca de Oro</i> , la escuela y la comunidad	49
El <i>Porchecito</i>	53
El libro se hace entre todos	57
El color del ajedrez	63
Vengo a recitarles	67
La casa embrujada	71
Guanaguanare	77
Escribo lo que pienso	87
Escribo lo que pienso: Vestalia	93









EDICIÓN DIGITAL
Septiembre de 2017

Caracas - Venezuela



Kaituco y arcilla

Aquí leeremos algunas experiencias que hablan sobre la educación y el aprendizaje de niños y niñas en las escuelas. También, dos cuentos donde se confunden realidad y poesía. Cada narración muestra otra manera de enseñar matemáticas y creación, con particulares tácticas de lectura y escritura, como la elaboración de periódicos literarios. Este maestro robinsoniano piensa en las cosas reales de la vida diaria con las que viven los alumnos en sus comunidades. Con su voz cuenta la situación de vida del estudiante que se integra al grupo. Estas crónicas de maestro no hablan de sí mismo sino de sus experimentos en grupo, de los valores positivos: escribir lo que pensamos, “la constancia es el cocuyo eterno”, la pluralidad, el otro, nosotros mismos, la formación que nace cuando averiguamos sobre lo que dice la literatura patria, sus escritores y libros. Conozcamos con este hermoso resumen del libro lo que puede sentir cada alumno: “En este caso, cada palabra, cada frase y cada oración, con su dibujo o fotografía, sirvió para mantener un diálogo constante; reconocer su propia comunidad y reconocerse a sí mismo”. Con todo eso, a cada uno de ellos “se les fue despertando el corazón, el color, la vista, el alma, el pensamiento”.

Eucario del Jesús García Rivas (1946-2016)

Nativo del estado Sucre, fue maestro y promotor cultural. Desde muy joven comenzó a trabajar en una fábrica de bloques de arcilla, luego, como obrero de la construcción y de la metalurgia, vendedor de periódicos y barrendero en la UCV. Entre 1970-1972 fue sindicalista y cofundador de la Central General de Trabajadores de Venezuela. Ingresa, en 1983, con Fe y Alegría, en el Instituto Radiofónico IRFA, como maestro no graduado. Continúa estudios en la Universidad Simón Rodríguez, a través del Centro Experimental para el Aprendizaje Permanente (Cepap), egresando como promotor de lectoescritura, medios comunitarios y especialista en Andragogía. Participó en los grupos de música experimental, teatro e investigación Anatomatamaña. Fundó los periódicos fabriles *El Obrero en Lucha*, *Unidad y Lucha*, *Conciencia Colectiva y Tesón*. Funda Alfin, Alfabetización Integral, para ir donde no llegaba la escuela. Forma facilitadores para las comunidades y asume la coordinación de la escuela dentro de la cárcel de Ciudad Bolívar. En 1997 funda el movimiento pedagógico *Porche Literario* y en 1998 el suplemento educativo y literario *La Barca de Oro*. En 2000 es director de Cultura de Ciudad Bolívar; en 2016, director de la Red de Bibliotecas Públicas del estado. Con Riosol recibió el premio del Certamen Mayor de las Artes y las Letras, 2005; con *Meremoriche*, el Premio Nacional del Libro, mención Promoción de la Lectura y Libro en Comunidades, 2010. Ha publicado en la prensa regional.



9 789801 439196



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

